CHARLES MAURRAS

EL ORDEN Y EL DESORDEN

IAI Berlin

A 25 / 4500

HUEMUL

CHARLES MAURRAS, luego de haber sido uno de los pensadores políticos más discutidos de Francia, es hoy considerado un clásico, tanto por el rigor y el tradicionalismo de sus ideas como por la pureza de su estilo literario. Esta breve obra nos presenta sus opiniones generales sobre Francia, su historia, su organización social, las causas y consecuencias de la Revolución de 1789, la institución monárquica, el socialismo, el destino nacional de su patria. Largos años han transcurrido desde que Maurras escribiera estas páginas: algunas de sus inquietudes, revestidas sin duda por un ropaje que él no hubiera aprobado, han encontrado realización en la Francia moderna. Y por ello su pensamiento continúa siendo tan real hoy como entonces.

EDITORIAL HUEMUL S. A.
SANTA FE 2237 BUENOS AIRES

EL ORDEN Y EL DESORDEN

Título del original en francés:
L'ORDRE ET LE DÉSORDRE

Traducción castellana de
JOSÉ LUIS MUÑOZ AZPIRI

AZT 104500

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Prohibida la reproducción total o parcial
Copyright © 1964, EDITORIAL HUEMUL S. A.
Avda. Santa Fe 2237, Buenos Aires

Impreso en la Argentina

"Nuestra generación está fatigada de los últimos ciento cincuenta años de la historia de Francia dedicados a destruir. Lo que nos interesa, finalmente, sería construir."

CH. M.

Sólo una cosa importa: lo verdadero. El conocimiento de lo verdadero y la difusión de la conocidísima verdad que enunciamos no son, en el fondo, sino una única e idéntica entidad. En política, el análisis sincero desemboca necesariamente en la vulgarización, de igual modo que la propaganda desarrollada con cierto calor, nos reconduce al estudio. Lo que bien se conoce se difunde espontáneamente y cuanto más divulgamos nuestro pensamiento más experimentamos la necesidad de verificarlo y volverlo a certificar con el apoyo de razones más fuertes.

Una idea veraz es una idea verdadera. Una idea veraz es una idea que los hechos de la vida confiesan o confirman. No conduce necesariamente a lo real, pero descarta lo imposible, o sea una de las formas más hirientes de lo irreal. Una idea veraz conserva de la irrealidad tan sólo aquello que es compatible con el juego natural de

las fuerzas del mundo. La verdad es la grande disciplina del arte.

La unidad, tradicional para nosotros, subsiste como el más necesario de todos los bienes; sólo la unidad es fecunda en Francia; ¿por qué no habríamos de usar del "derecho de legítima defensa" en favor de nuestra unidad?

Pero, en verdad, ¿no será éste un concepto estrecho? ¿Estáis satisfecho con semejante distribución?

Puede venir, sin duda, un tiempo en que dicha distribución sea la única en Europa. Si el movimiento iniciado continúa, cada nación y civilización se abroquelarán celosamente en el principio que las constituyen y en el carácter que las distinguen. Seremos tradicionalistas suizos o franceses o nacionalistas ingleses, alemanes o rusos, y cada vez invocaremos menos la entidad hombre. Pero, busquemos lo que Francia puede y debe aceptar de la libertad, a la luz de lo que aún resta de humanidad en el mundo.

Veámosla bajo el aspecto más amplio, o sea, en el ejercicio de la inteligencia.

La curiosidad y la tolerancia, hospitalidad del espíritu, son elementos necesarios de todo pensamiento. Sin la curiosidad no existiría ningún saber, y el tesoro de éste no aumentaría sin la tolerancia.

Sólo alienta el espíritu cuando se esfuerza y exalta, impaciente por desplegarse o enriquecerse.

No adquiere sus conquistas definitivas sino a condición de soportar la confusión y las incomodidades que le causan todas estas contribuciones extrañas.

Consentir con alegría vivaz en el malestar de la sorpresa, anhelar el sacudimiento de lo desconocido, desear el contacto con la desorientación y la perplejidad y cultivar, hasta foguearse en la prueba, la sensación de la inquietud, constituye prefacio necesario para todo movimiento metódico de la razón.

La facultad de acceder prontamente a dichas incitaciones y la constancia y firmeza en la prosecución de tal esfuerzo es lo que permite a nuestros sentidos y espíritu acoger a los numerosos e inquietos huéspedes, portadores de los bienes misteriosos sin los cuales vegetaríamos en la ignorancia, la inercia y la fatuidad.

¿Les franquearemos la entrada? ¿Les permitiremos la libre estada? Ningún comercio, asimilación o cambio será posible sin contar con la previa acogida del ingreso. Debemos encarecer, como si fuesen virtudes fundamentales, la atención respetuosa hacia las novedades así como el examen serio y el estudio leal de todo lo que aparece en la entrada de la ciudadela de la inteligencia. Hay que abrir las puertas. Y es correcto y agradable que así sea. ¿Queremos decir que sólo aquí encontraremos lo bello y lo bueno? Fuera de esto ¿no habrá algo mejor y más bello? El error esencial del principio de libertad es pretender

que el mismo alcance a todo y domine todo. Pretende abarcar el alfa y omega, pero se queda en alfa. Es simple comienzo.

En efecto, aquí se nos presentan las virtudes de la gran hospitalidad. Reunimos muestras de cuanto ha interesado al universo mental y moral. Vuestro afecto y piedad los mantuvo en perfecto estado de conservación. No las maltratasteis ni alterasteis. Están ahí. Pero ¿qué haréis con ellos? Vuestras imaginaciones y memorias se hallan rebosantes. ¿En qué se transformarán tantos bienes? A menos que os limitéis a ponerlos entre cristales, a manera de los coleccionistas, o a disfrutar de ellos, a título de escépticos o diletantes, deberéis utilizarlos, tratar de extraerles algo. ¿Qué cosas? Ni la curiosidad ni la tolerancia os las podrán decir.

La curiosidad y la tolerancia no os enseñarán medio ni vía ni dirección. Os procuraron los materiales o las posibilidades de la acción, pero los fines y reglas se hallan fuera de aquéllas.

La abundancia y la variedad de su ininterrumpido aporte habrían debido crear en vosotros cierta duda y desorden que en ellas cupiesen determinado grado de impotencia e inmovilidad. Para accionar, empero, hay que escoger, clasificar. La vida entera se cimenta en este problema de organización. ¿Qué principio escogeréis para la clasificación? ¿Qué pondréis en primer lugar? ¿Qué, en segundo? La curiosidad es curiosa de todo; la tolerancia, tolerante de todo, y ambas,

en igual grado de intensidad. Todos los objetos, equilibrándose, obtienen así un valor uniforme, un precio equivalente. Todo se iguala en un mismo nivel. Lo principal o lo secundario, lo antecedente o lo consecuente, lo preferible o lo postergable; he ahí lo que las límpidas antorchas de la Libertad no lograrán nunca hacer distinguir. La Libertad es útil; es necesaria para permitir que una multitud se encuentre reunida, pero dicha necesidad solamente se iguala con la radical incapacidad que la caracteriza para distribuir dicha multitud y asignar a cada uno de sus componentes el orden y la categoría de su función.

Nadie duda que no sea posible vivir en tal desorden. También es posible obrar, inclusive, aun cuando la acción no regida por una regla se diferencia muy poco de la agitación. Obrar con método, vivir humanamente y razonablemente, requiere principios diversos de la libertad de los elementos recibidos, sufridos y considerados. No hay duda que en la desesperación por encontrar la clasificación satisfactoria o la jerarquía soportable, podemos resignarnos al *modus vivendi* que yuxtapone los contrarios y concilia la más mediocre de las treguas entre derechos equivalentes y fuerzas irreductibles. Para los espíritus enérgicos emanará de aquí cierta sensación de derrota. Digámosles que esta retención es provisional y veremos cómo se con-

sagran invenciblemente a superarla. E interpongo de nuevo la pregunta: *¿Cómo?*

¿Cómo? ¿Con el único recurso de la libre curiosidad o de la libre tolerancia? Si queremos vivir hay que escapar de este estado de libertad como si saliésemos de la prisión. Hay que adoptar un principio y permanecer fiel al mismo. No para *aniquilar* toda idea diferente, sino para *componerlas* en torno de su centro normal, para acomodarlas y graduarlas por debajo de éste, tan numerosas y vivas como fuere posible y a fin de utilizar aproximadamente todo y no dejar de emplear nada.

Este tipo de acción ¿será demasiado elevado? ¿Exige facultades desmesuradas y esfuerzos de simplificación magnánimos? Dicho tipo es empero el que realiza la más humilde operación aritmética; el niño que estudia fracciones las reduce a igual denominador y les encuentra un metro común, un punto fijo con el cual las relaciona. El último menestral se consagra igualmente a elecciones, distinciones y escrutinios preparatorios. Espigadoras y leñadores, labriegos y vendimiadores, no existe actividad que no se pronuncie netamente en favor de los lazos poderosos y benignos del orden. La libertad asienta su trono en los sitios inferiores, junto al caos y las fuerzas elementales; lo que labora y crea, lo que trasciende y se ordena, lo que logra cifra de perfección y, también, lo que

acepta trabas y medidas, es todo aquello que se ha presentado al sublime freno de la ley.

Un poema no es libertad, es servidumbre; su belleza se juzga precisamente en función del contraste entre los valores naturales puestos en juego y el sereno vigor del ritmo ondulante que los somete y ordena. Un alma grande no es libertad; es servidumbre, y su grandeza se estima con no menor precisión a través del contraste entre sus energías naturales y la regla superior que las encauza. Una civilización espléndida así como una nacionalidad eminente se definen a través de iguales rasgos; conforme sus potencias confluyan en el tumulto liberal, nada quedará de todo ello. Tan sólo aparece *algo*, flor de heroísmo o de santidad, flor de majestad o de gracia, en función del orden secreto que borra las divergencias y concilia las enemistades. Sin la forma ideal, sin la unidad secreta que las abraza hasta en el extremo contorno, la brisa exterior o la flaqueza íntima las llevaría rápidamente a participar de esa libertad infinita que es signo de muerte. Unicamente la muerte admite, comprende, tolera, concilia *todos* los movimientos, desata todos los lazos y quiebra todas las cadenas; en una palabra, libera de todas las sujeciones y determinaciones que forman la trama esencial de cada vida, pero que se acortan y complican según la elevación y dignidad de cada uno de los seres vivientes.

Aun cuando debido a un error infinitamente enojoso, Taine haya identificado el espíritu clásico con el revolucionario, es fácil convencerse de que la tradición clásica es, en realidad, positiva y no crítica. Taine no ha tenido presente sino a algunos tratados de Platón o Séneca, mal leídos por Juan Jacobo Rousseau, y que se fundieron en esa pobre mente con la biografías de Plutarco; la imaginación y sensibilidad de Rousseau pudieron tiranizar a los lectores del *Emilio*, el *Contrato* y las *Confesiones*, pero en nada alteran los fueros del pasado; ni una ni otra cambian el preciso testimonio de la historia.

Cualquiera sea lo que se haya dicho acerca de él, son pocas las semejanzas que existen entre la filosofía de Descartes y la política de Rousseau; éste se halagaba con la idea de encontrar en todo hombre el principio y la regla de su conducta moral y lo hacía torcidamente, de intento; aquél establecía que cada uno de nosotros, al razonar obedecía a los principios de la razón, y los adversarios de Descartes, que juraban por la escolástica, se veían estrechamente forzados a confesar que dicho juramento no había sido cumplido por ellos sino en razón de haber sido reconocido, desde un principio, razonable. Pero ¿qué es esta bendita razón? ¿Es personal? ¿No es más bien lo que poseemos de impersonal? Adoptar dicha razón por árbitro de lo verdadero, no es dar pruebas precisamente de individualismo, sino del sentimiento opuesto; es recla-

mar principios igualmente comunes, no sólo a los hombres, sino a todos los seres, en general, inclusive los que habitan en Marte o en la Luna o entonan cánticos con el arpa en el Empíreo. ¿Diremos que pocos hombres saben hacer uso de sus principios? ¿Que sus procedimientos son demasiado lentos, demasiado escrupulosos para la vida práctica? Pero es precisamente sobre eso que nos advierte ella misma; de ahí que la razón, aun siendo regla de la ciencia y única maestra de la filosofía, no sea capaz de presidir sola la acción, tanto de individuos aislados como de grupos humanos. ¿Diremos que el alcance y valor de los principios de la razón son muy discutidos? Esto es aún lo que menos se discute. Y nadie trata de negar ese valor y su alcance subjetivo en el espíritu del hombre. ¿Qué verdad hay más unitiva, más despótica, más general y menos individualista que ésta de que 2 y 2 sean 4? Al aplicar dichos principios superiores a los datos empíricos de la vida política, dialécticos experimentados de siglo en siglo, establecieron el conjunto de tales ideas positivas, que se puede también nombrar verdades empíricas.

De Aristóteles a Dante, de Jenofonte a Tomás de Aquino, la doctrina del último de los cuales se prolonga mucho más allá de Bossuet, observamos una única política positiva cuyo espíritu clásico alimenta el fondo y dispensa la enseñanza con secular fidelidad. No se juzga a la insurrección como el más santo de los deberes;

no se predica el derecho divino del individuo, y el autor de la *Política extraída de las Sagradas escrituras* se dedica sabiamente a discernir la justificación de la servidumbre entre los pueblos más diversos, en vez de declamar contra el citado uso.

En este punto, como en los demás, la tradición vuelve un poco el rostro al siglo XVIII, pero no está completamente apartada de Voltaire ni menos aún, de Montesquieu. Y cuando los dogmas de igualdad y libertad revolucionen a Francia y se extiendan por Europa, las ideas positivas serán recibidas y reincorporadas a un orden nuevo por Joseph de Maistre y, más tarde, por el vizconde de Bonald. Estudiadas de cerca por la escuela sansimoniana, y, después, por Balzac, que no deja de llamarse autoritario, católico y legitimista (releed, si dudáis, su admirable *Médico de campaña*), dichas ideas, por decirlo así, han sido laicizadas por Auguste Comte. Este les dio el nombre de *positivas*, que querría yo conservar en gracia a su significado.

Desconocidas e impopulares, fuera de un grupillo donde no penetraba la histeria del liberalismo, el romanticismo o el espiritualismo cousiniano, tentaron, a veces, el espíritu y la pluma fantásticos de Proudhon, pero, este lógico sin doctrina, o este doctrinario sin coherencia ni consistencia las dejó de lado conforme las abordó. Había nacido para la anarquía. Fue la anarquía viviente. Vino Le Play: el ilustre autor

de la *Reforma social* agregó al positivismo considerable suma de datos y hechos que faltaban a la sólida *Política* de Comte. Por haber dedicado su vida a las matemáticas, Comte trataba deductivamente todas las materias. El mismo contacto con dichas ciencias, igual educación politécnica, determinaron en Frédéric Le Play sentimientos del todo opuesto; desconfiaba del razonamiento. Fundada, pues, por Auguste Comte en teorías abstractas, la política positiva recibió de Le Play sólida verificación mediante la vía casi exclusiva del empirismo.

Los nombres de Comte y Le Play no deben recordarnos únicamente libros y doctrinas de ambos filósofos. Hay que pensar en el movimiento intelectual del cual surgen, en el estado de espíritu que determinaron: movimiento científico y naturalista, estado de espíritu naturalista y científico. Las ideas revolucionarias no han tenido enemigo más violento que la generación naturalista de Renán y Taine. A este último debemos una crítica, que sobrevive, en lo principal, de la mitología revolucionaria. A Renán, que había tomado contacto en su juventud, en la época en que soñaba con *El porvenir de la ciencia*, con la locura del 48, debemos las palabras más fuertes que hayan sido escritas contra los principios de la Revolución...

Desde hace algunos años se ha acentuado este alejamiento de las ideas de la Revolución. Por cuanto no se profesan más dichas ideas, deja-

mos de soñar en la Constitución más "ideal" o más "liberal" o más "humana", para buscar la más útil o la que podrá hacer mejor distribución de las fuerzas de una raza o un pueblo determinado. Las ideas de autoridad, jerarquía y aristocracia se presentan espontáneamente ante el pensamiento como las condiciones naturales del orden.

Podríamos creer que el movimiento —del cual acabamos de trazar sucintamente— continuará verosímilmente avanzando por poco que el espíritu clásico, el espíritu positivo racional y científico continúe desarrollándose. Pero en cambio, todo lo que podrían perder el espíritu científico y la tradición clásica sería también ganado por la Revolución.

La palabra "ciencia" inquieta mucho a la pasión y el interés, y más aún, a la fantasía. Los partidos no tienen libertad de decidir si hay una ciencia del bien público. Pero la imaginación no tiene ya más la libertad de erigir ninguna Salento. Hay reglas, hay leyes rectoras. Los espíritus caprichosos hacen en política como el niño que irrumpió en sollozos cuando se le enseñó que únicamente podía elevarse una perpendicular desde un punto de una recta, y tan sólo una. No saben que las leyes conocidas, políticas o geométricas, aunque comiencen por limitar el espíritu, amplían su poder y, por consiguiente, su libertad; el espíritu se perfecciona al someterse a la ley,

y no de ninguna otra manera. Ningún progreso político es posible fuera del conocimiento de estas condiciones. No queremos decir que dicha ciencia deba ser matemática, pero las ciencias morales son susceptibles de una disciplina, de un orden contra el cual es inútil componer ironías o sembrar al azar pequeños ardides de escepticismo capcioso.

Partimos del principio de que todos los franceses se han equivocado, durante mucho tiempo y se han equivocado con perseverancia. Ninguna familia, ninguna región y ningún partido pueden declararse libres de culpa. Todos han participado, más o menos, activamente o por inercia, debilidad o inepcia, en una larga serie de crímenes contra la patria. Nadie está limpio en Francia. Pero es esta una razón para facilitar el examen en común de las faltas comunes, de las causas de las mismas y el medio de repararlas.

La sana política se subordina al interés de la comunidad política *real* más *extendida* y más *resistente*: ayer la cristiandad; hoy, la nación. Decimos *real* porque se trata de intereses ya existentes; no hablamos de la humanidad, por ejemplo, pues ésta no ha existido jamás en sí y no sabemos si podrá hacerlo; no pudo realizarse en la unidad romana ni tampoco en la posterior unidad cristiana y está reducida hoy al cuadro de la nación. En la medida de lo real, la huma-

nidad es la nación. Decimos la más *extendida* porque se trata de encontrar una ley aplicable al más grande número de casos. Pero agregamos la condición de más *resistente* para especificar con nitidez de qué clase de realidades se trata; una coalición, una alianza y, a menudo, una confederación misma no pertenecen a esas realidades políticas superiores de las cuales hablamos. No pueden condicionar desde el momento en que son condicionadas. No son la causa o el principio ni la ley de las naciones que las forman; muy por el contrario, son formadas por dichas naciones.

Este principio, en sus términos abstractos, no varía. Sin ser metafísica, participa de la constancia de las más encumbradas leyes físicas. Dura lo que dura la sociedad de los hombres. La diversidad de sus aplicaciones depende de la diversidad de los casos que el movimiento de la historia le habrá de someter.

¿Está permitido a las colectividades, cualesquiera sean, ser generosas entre ellas? He aquí una gran pregunta. Su destino ¿no es el egoísmo?

Esto es verdad para la vinculación entre monasterio y monasterio, entre capilla y capilla, entre sacristía y sacristía: ¿cómo habría de ser falso entre nación y nación?

Tan sólo los franceses, los estúpidos franceses de la Revolución y el Imperio, pudieron ajustar sus relaciones políticas con el extranjero sobre la base de las *amistades*. Nuestros reyes no invo-

caron el sentimiento sino en la medida en que éste coincidía con el interés nacional de la corona.

En la paz como en la guerra es bueno y verdadero sentir y practicar el *Prius vivere deinde philosophari.* En tiempos de paz o de guerra, la vida política de un pueblo no se ciñe a la especulación de un filósofo. La teoría que se debe elaborar es la de las condiciones de la vida o, por decirlo mejor, de los medios más seguros de defenderse contra innumerables causas de muerte.

Todo lo que triunfa, todo lo que no vive en un caos de suspensión e indecisión, todo equilibrio un poco real, toda paz un poco prolongada, y, en política, todo estado de ausencia de anarquía, todo lo que no se asemeja a la vida política de los franceses del siglo pasado y también del tiempo en que vivimos, toda dicha sólida y todo éxito duradero revelan al análisis o documentan ante la historia un período de lucha terminada, coronado por el establecimiento en cierto modo natural de las superioridades e inferioridades legítimas. El sol se extinguirá antes que deje de ser así.

Los verdaderos europeos, los occidentales, saben qué es la previsión política. Hay algo constante en la historia y es la maravillosa inconstancia de las "tendencias" más acentuadas, de

las "series" más definidas. El historiador, el crítico, saben que hay una fórmula prohibida para quien interroga lo por venir: la fórmula *cada vez más*. Nunca es verdadera. Las cosas nunca se desarrollan más que hasta cierto punto. Y alcanzado el mismo, prodúcese un retorno brusco, un retroceso lento o una desviación que puede ser ya insensible o muy acentuada. Por tanto, la previsión no es ya más problema de cálculo. No se trata de continuar una curva, sino de librarse a una labor más delicada de apreciación y conjetura. Interrogamos no solamente a la masa y al número de los fenómenos, sino a la fuerza de éstos (¡tan variable!) y su cualidad (¡tan misteriosa!) con el objeto de lograr no una reforma única a modo de oráculo, sino un fascículo de reformas constitucionales destinadas a sugerir un conjunto de precauciones. Tales respuestas, con múltiples pausas de reposo o detención, informan precariamente acerca de lo que será. Proponen lo que podrá ser y excluyen aquello que para la reflexión de su espíritu práctico y sensato no parece no sólo viable, sino ni siquiera posible.

Se habla de la ceguedad de la Revolución, y el término es apropiadísimo. Pero no debemos creer que una muchedumbre sin guía pueda gozar necesariamente de visión y perspicacia a partir del momento en que cumple un papel reaccionario. La reacción es necesaria porque el país

está enfermo, y no puede evidentemente recobrar la salud por caminos que sólo han desembocado en el malestar. Pero así como la vía que conduce al desorden y al mal es resbaladiza y fácil de transitar, los caminos contrarios suponen de igual manera juicio enérgico y sólida razón.

Es un prejuicio romántico considerar que la voluntad de vencer basta para emprender la guerra. Nada de lo que sea incompleto puede bastar para nada. Ni la voluntad ni la inteligencia por sí solas son garantía de victoria. Es necesaria la concordancia entre estas dos facultades maestras.

Otro prejuicio romántico sostiene que ambas son inconciliables. Algunos maestros detestables pretenden que la actividad vigorosa y la sensibilidad vigilante y profunda excluyen la razón lúcida, o son excluidos por ella.

No conozco fábula más deprimente ni más falsa. Hay fuerza en la luz y luz en la fuerza. Lejos de rechazarse, ambos poderes se solicitan mutuamente. Una de las más grandes almas que hayan honrado al género humano ha dicho del amor que era "tanto más ardiente cuanto su conocimiento hace más intenso". Si las pequeñas pasiones, las que se asemejan a los vicios, se sirven de la vaguedad de lo desconocido o de las vacilaciones de la media luz, las pasiones fuertes necesitan de la certidumbre como la vida necesita del aire y del agua.

No basta que algo haya tenido alguna vez vida para adquirir valor tradicional. No basta inclusive que se haya repetido cierto número de veces. La serie Crécy, Poitiers, Azincourt, Pavía, Rosbach, Waterloo y Sedan no constituye tradición. Si coleccionásemos a través de documentos y crónicas todas las tonterías hechas, dichas o escritas por franceses, no conformaríamos el cuerpo de una tradición nacional. Acaso dicha tradición se encuentre en los actos inteligentes y las palabras hábiles que dictaron a nuestros padres la prosperidad, el éxito y la dicha.

La tradición es lo que ha durado, lo que triunfó siempre.

No debemos dejarnos engañar por un vocabulario capcioso. Las palabras tienen un sentido interno definido que no hay que alterar. El nombre de tradición no quiere decir que se deba transmitir cualquier cosa. Hay que transmitir lo bello y lo verdadero. El nombre de revolución no quiere decir que haya que cambiar bruscamente cualquier cosa. Significa algo parecido y, a más, otra cosa: la humillación del superior por parte del inferior.

El olvido de dichas connotaciones es fuente de confusión. Así, la querella de la Tradición y la Revolución ha sido reducida a una mera cuestioncilla de tiempo y edad:

—*La juventud destruye; la vejez conserva. Propios de la primera son la novedad y la impertinencia; de la segunda, el respeto por una anti-*

güedad inmóvil. Poco a poco, todo se compone; lo que en un principio era demasiado verde comienza a madurar y cobra tono dorado; lo que era demasiado maduro, se pudre y olvida; nuestros románticos de talento se beneficiarán con la promoción y serán convenientemente clasificados; los clásicos no son sino románticos que alcanzaron la posición de inactividad o retiro. Lo que vive, florece y guerrea, hace la Revolución, y cuando, con los años, se seca y marchita se le coloca en su pedestal y forma la Tradición. Fundadas en juegos de palabras que no juegos de espíritu, dichas doctrinas relativistas han sido puestas en movimiento por personas que valían mucho más o mucho menos que ellas, tales como un Stendhal o un Emile Deschanel, pero algunos jóvenes escritores han querido volver a pintarlas con colores de su cosecha.

Estas cosas pueden divertirnos como una festiva paradoja. Pero, multiplicando retruécanos de este tipo, el francés ya no se entendería. Confinado en tales pequeñeces, el arte poético se confundiría con la cronología. Tendríamos que lo nuevo no significa solamente lo agradable, deseable y divertido, sino lo esencial o principal. Para crear lo nuevo excelente bastaría con quebrantar lo viejo; utilizar de preferencia el martillo contra la estatua. A Hugo se le consideró grande y admirable por negar y atacar a Racine; bastaría negar y atacar a Hugo para que fuésemos, a nuestra vez, grandes y admirables.

¡Hacer lo contrario! ¡Hacer otra cosa!...: este sistema de llevar la contraria continúa siendo todavía una de las maneras más mediocres de ir adelante; tanto más cuanto que interpreta mal los hechos invocados. Hugo y los suyos, si negaron o atacaron a alguien, este alguien no fue su predecesor inmediato; ninguno negó ni atacó a André Chénier, que estaba más cerca de ellos que Racine o Voltaire; incluso, en parte notable, y, a menudo, afortunada, lo imitaron y continuaron.

Por un lado, pues, el vaivén de imitaciones u oposiciones es más complejo de lo que imaginamos. Por el otro, las generaciones ávidas y curiosas que nacen a la vida no se contentan más con este juego histórico: tratan de tocar y definir algo de durable y consistente. Juzgan extraño que el nombre de tradición sea invocado en beneficio de Hugo, Robespierre o Calvino que significan exactamente lo contrario. "¡Qué torre de Babel!", exclaman dichos jóvenes. No están equivocados.

Si vuestro padre os ha dejado como herencia la tuberculosis y si rehusándonos a excluir de la sucesión dicha tara, os abstenéis de hacer lo que podría ser llamado por irrisión, una revolución de salud, sostenéis, sin duda, de alguna forma, una tradición paterna, pero violaréis a ésta en otro aspecto más importante. Vemos, en efecto, que vuestro padre, antes que la enfermedad, y

más que la enfermedad, os ha legado la chispa de la existencia. En nombre de la vida transmitida, precisamente, una medicación que bien puede ser radical y quirúrgica se esfuerza en combatir el sutil atomillo mórbido, que se ha también transmitido y multiplicado y que, en lugar de haceros vivir, intenta mataros. Cualesquiera puedan ser los cuarteles heráldicos con que se decore o el número de generaciones que se jacte de haber envenenado, no podría serle otorgados los privilegios de la dignidad del pasado ni el honor de la antigüedad.

De aquí que por muy vigorosamente, o aun, violentamente, que se ataque al microbio del Romanticismo y la Revolución no se sale de la Tradición, sino que se la sirve, y el servicio se mide por la energía de dicho esfuerzo, aun cuando pueda ser actitud calificada de agresión por los insensatos.

Nada más natural que los acosados microbios de la gangrena reclamen y protesten como diablos. Pero la Tradición se mofa de ello, para instalarse en el punto de vista del hombre entero y su interés vital.

En el orden animal, el laboreo del instinto elige espontáneamente un alimento contra el tóxico, recurriendo a lo vital para contrarrestar lo mortal. La parte de animalidad y su instinto infalible se halla afortunadamente tan desarrollada a lo largo de la historia del género humano, y aun del espíritu, que se necesita concebir un poderoso

prejuicio en favor de todo lo que dura. Lo que dura es lo que ha conseguido vencer al tiempo. La duración es el fruto de las pruebas de la experiencia: indicio concreto de lo verdadero y lo bueno. Pero conviene verificar los indicios; ninguno es decisivo, y cuando la tradición se transforma en un sistema o un método, reclama el concurso de la experiencia y la razón.

La crítica está iluminada por los fuegos continuos de la Tradición, pero ninguna tradición es pura ni segura sin crítica previa; cuanto mayor sea el poder de ésta para destruir absurdidades e injusticias, procediendo con sentido razonable, justo y enérgico, más fuerte será su capacidad para facultar movimientos, acciones y progreso.

No, nuestra Francia no comienza en 1789. No somos la generación espontánea del espíritu revolucionario. Valmy y la Bastilla, perfectamente; pero ¡también hay Rocroi, hay Denain! Con esos perifollos se realiza el modelo de la iniquidad histórica, de la impiedad nacional. Estos términos no son demasiado vivos para calificar una operación del espíritu que coloca en igual plano lo que ha construido nuestra Francia y lo que ha destruido, que enseña idéntico amor para servicios desiguales e instituciones contrarias, y que, a favor de la gloria común, asimila lo útil a lo inútil y lo nocivo a lo ventajoso.

El verdadero patriotismo, ciertamente, implica una piedad profunda hacia el pasado, hacia todo

el pasado. Etimológicamente, es el culto de los padres. Pero el sentimiento de respetuosa deferencia que debemos a las cenizas de quienes nos precedieron en la vida no excluye la preocupación por el porvenir ni, consecuentemente, el deber de establecer una diferencia precisa entre lo que concurrió a fundar nuestro patrimonio y lo que concurrió a despedazarlo. La verdadera tradición es crítica, y falta de dichas distinciones, el pasado no sirve más de nada; sus triunfos dejan de servir de ejemplo, y sus reveses, de lecciones.

Desde el momento en que no se proponen más las ideas de la Revolución, dejamos de soñar en la Constitución más "ideal" o más "liberal" o más humana, y buscamos la que sería más útil y haría la mejor distribución de las fuerzas de una raza o de un pueblo determinado. Las ideas de autoridad, jerarquía y aristocracia se presentan ante el pensamiento, por sí mismas, como las condiciones naturales del orden.

Es verdad que un espíritu superior puede ser limitado, pero no es menos verdadero que un espíritu inferior carece, casi siempre, de límites. Por falta de límite, *certi fines*, decía el Antiguo, está falto de exactitud, de precisión, de vigor. Nunca os ofusquéis ante el tratamiento de limitados: lo indefinido es la nada.

La generosidad, así como la libertad, no son cualidades de la inteligencia ya que una y otra

se relacionan con la voluntad y el corazón. No podríamos referirnos a *voluntades* o *sentimientos exactos*. ¿Por qué permitimos entonces, decir de una idea que es "liberal" o de una concepción, que es "generosa"? El espíritu puede y debe estar animado de la firme voluntad de examinar lo más profundamente posible el mayor número de realidades concebibles: al cumplir su función se concentra, se ciñe lo más estrechamente posible. Tratemos de alcanzar ya una estrella o un infusorio, el método de la inteligencia consiste en excluir, circunscribir y definir. Los sueños flotan en el vacío. La razón se fija o trata de fijarse a trueque de desembocar en el desatino.

El objetivo ideal de las sociedades no debe ser colocado ni en la igualdad ni en la desigualdad de nada; el objetivo ideal de las sociedades es su prosperidad general y no el uso de este o aquel medio en procura de dicho objeto. Los propósitos de igualar o desigualar, de tiranizar o emancipar son simples medios y no fines; varían de acuerdo al tiempo, el lugar y las circunstancias. Unas veces se necesita que las fortunas y condiciones sean en parte niveladas por atentar contra el bien público sus diferencias extremas, y otras, en cambio, el mismo bien público exige que se excaven fosos, se establezcan distancias y se hagan sentir las diferencias sociales. Nos hallamos aquí en el dominio de *lo que debe ser*, el dominio del arte político. Pero la ciencia política no deja de establecer que la desigualdad informa

la base misma de la vida social así como la base de la vida psicológica. Enseña, cada vez más, que todo progreso tiene origen en la desigualdad. En una sociedad de auténticos iguales comenzaríamos por degollarnos los unos a los otros.

La desigualdad es un hecho; queremos que se lo reconozca como hecho vital, como hecho fuera del cual no existe vida posible. La desigualdad o la muerte, hemos dicho. Lo repetimos. No es esto todo. Queremos que este país renuncie a la obsesión, a la idea fija, judeoprotestante, suiza, de la igualdad considerada como bien absoluto. ¿Por qué? Por el mismo interés del país. Porque dicha idea le impide a éste ver claro. Porque le priva de fuerza, riqueza, duración, solidez y prosperidad. Porque, militarmente, la idea de igualdad, que trastorna desde hace treinta años la organización del ejército, lleva, según opinión de los más competentes, a una actitud de rebajamiento nacional. Porque desde el punto de vista religioso y moral, la idea de igualdad pone en igual pie a las doctrinas benéficas y dañinas, anarquistas y orgánicas, nacionales y cosmopolitas. Porque, en la familia la igualdad provoca la partición forzada, la liquidación de los bienes, la inestabilidad de los hogares. No influye en la cuestión el hecho de que sea indispensable objeto, por ejemplo, en la balanza de la justicia, una igualdad rigurosa. No ponemos arsénico en nuestra reba-

nada de pan con mantequilla o dulce en razón de que sea necesario en la ratonera.

La desigualdad humana es un hecho. La igualdad no lo es. Hay que infundir igualdad en algunos objetos, pero no hace falta hacerlo en todos. He aquí lo esencial de nuestra doctrina.

Es necesario que la imaginación política, el don de la evocación preceda y prevenga la vía directa del infortunio so pena de pasar del desengaño al desastre, sin aprovechar jamás de aquél para escapar algún día a éste. He aquí por qué desaconsejamos con todas nuestras fuerzas a las mentes serias, el método revolucionario y metafísico de la oposición entre el presente, el pasado y el porvenir. Este sistema nos lleva a empobrecer lo que será de toda la sustancia de lo que fue. Lo que fue debe servir, primero, como lección; después, como material. Si queremos prescindir de ello, ya que es necesario trabajar conforme a algo y con algo, a fin de realizar obra humana y racional y como no se hace nada con nada, giramos forzosamente en un círculo destructivo y sembramos sal en un campo reducido a cenizas. La utilidad, la fuerza de los "amos de la contrarrevolución", es de hacer que los despojos de la muerte y las ruinas del pasado colaboren con las resurrecciones de la vida. Las experiencias antiguas son evocadas para ilustrar el juego normal de las causas y fuerzas de la vida general, y los

medios, utilizados en otro tiempo, pueden sugerir posteriormente por analogía el empleo de medios de igual naturaleza o naturaleza parecida.

Un espíritu mediocre concibe el mundo de las ideas en forma de francas oposiciones. Hay ciertamente ideas incompatibles, pero no basta que dos nociones sean diferentes para que se excluyan entre sí. Algunas categorías muy diversas, por el contrario, tienen la virtud de atraerse para completarse. Así el honor y la utilidad, la generosidad y el servicio público, el desinterés de las personas o las clases y el interés nacional.

No somos un pueblo viejo, como lo confiesa a veces la bobería de turno. Lo que es viejo en Francia y se ha formado con rutinas arcaicas, nutriéndose de palabrería insustancial, es nuestro espíritu público. El caudal de devaneos cínicos que no deja de fluir desde las tribunas a partir de la Revolución ha despojado a las palabras de su sentido representativo y su significativa fuerza. Hay que volver a acuñar esas monedas gastadas y refundir esas medallas sucias.

Creo que unificar el lenguaje político sería rendir inmenso servicio al país, pues se destruiría de tal modo un principio de división y malas interpretaciones. La gran fuerza de un estado y, con mayor razón, la de un partido, es designar los mis-

mos objetos convencionalmente con las mismas palabras. Lo peor no es ciertamente la flaca malicia de los hombres, sino su prodigiosa facultad de error; de aquí que la confusión y el error deban por eso mismo, evitarse y eliminarse en un dominio en que la palabra escrita o hablada mantiene por desgracia imperio indisputable.

Las democracias y, especialmente, la nuestra, la de 1789, se han fundado todas en parecido menosprecio por el pasado carnal y espiritual de la herencia y la tradición.

Su principio, decía Renán, es que el ciudadano nazca niño expósito y muera soltero. Pero a medida que insistimos en el sentido de la solidaridad humana, desde el doble punto de vista del espacio y el tiempo, debemos de buen grado o por fuerza, alejarnos de las enseñanzas del evangelio democrático. El papel de quienes se preocupan por la verdad de las ideas y la pureza del lenguaje es fijar dichos movimientos profundos, dichas evoluciones del espíritu público. El error de las imaginaciones precipitadas es confundir una tendencia vivaz, activa, pero que actúa por grados progresivos, contados y lentos, con una tendencia ordenada y fija. Otro error es creer, como Baudelaire, que una distancia infinita equivalente a una contradicción debe siempre separar el sueño de la acción, y la verdad ideal de las realidades cumplidas. Todo necesita tiempo; he ahí la verdad.

El verdadero político es aquel que ve en qué sentido se cumple el movimiento, que se da exacta cuenta de los términos y que, al decir: *vamos allí*, nota los obstáculos, ve las distancias, observa que *no se ha llegado aún* y es testigo sonriente de todo lo que se extingue, dura o renace.

Es un error haber inscripto los *Derechos del hombre* en la base del monumento al genio latino. Lo que el genio latino ha enseñado y practicado y por lo cual ocupa un sitial de honor entre las razas humanas, son el deber, el saber y el poder, las armonías y disciplinas profundas de éstos, la ciudad y el espíritu humano, el primado de la ley por la paz. Una consecuencia y no un principio es que la dicha y la libertad surjan de ello. Pero si dicho orden se trastrueca, si se trata de transformar un efecto en causa, un resultado en objeto principal, llega lo inevitable que es la decadencia o el retroceso de los pueblos que han recibido ingenuamente y practicado con sinceridad tales errores...

Nuestra fase de las nacionalidades, iniciada con la Reforma y la Revolución representa una decadencia. No hay que forjarse ilusiones; el género humano no ha experimentado progresos desde que se constriñó a los cuadros estrictamente nacionales.

La humanidad civilizada tenía antes por límite y garantía la cristiandad católica, un espíritu re-

ligioso tan vasto como el mundo. Tales garantía y frontera se han reducido a la medida de las nacionalidades. Es esto una pérdida, pero la pérdida sería mucho mayor si las nacionalidades fuesen destruidas. La humanidad perdería sus últimas defensas y ¡adiós a todo! Si lo dudáis, podréis recordar en qué cosa se había transformado la humanidad en la Bélgica y la Francia invadidas cuando ambos países no gozaban del sostén de magistrados y leyes autóctonas. La nación victoriosa, a expensa de las naciones vencidas, restablece la esclavitud africana.

Nuestro primer deber, en el siglo de las nacionalidades en que nos hallamos, es reforzar, armar y fortificar nuestro país; de otro modo, seremos devorados, deglutidos, consumidos.

¿La historia no vuelve a escribirse? En primer lugar, se aprende. Luego, se comprende, y no es medio imperfecto de comprenderla adelantar la pregunta: *¿qué habría sucedido si tal o cual asunto hubiese sido conducido en forma diversa?* Y tratar de resolverlo por aproximación. Todo cuanto sabemos del triunfo de la Revolución muestra que el éxito de la Contrarrevolución hubiera sido ciertamente portador de más paz, menos matanzas, relaciones internacionales más estrechas y cordiales, una evolución general mejor sometida a las ideas y completamente sustraída a las leyes de la fuerza.

Un interesante librito del muy republicano Albert Mathiez acerca de la *Revolución y los extranjeros* muestra el grado de fusión de los europeos bajo el signo de la razón y la lengua francesa antes de 1789. El valor moderador de la influencia francesa ha decaído evidentemente en igual proporción que la misma Francia. Pero la fraternidad de las razas europeas no ha ganado nada con ello ni las naciones se han acercado más entre sí desde que dejó de obrar sobre ellas el genio de Francia.

Me ha tocado mostrar a menudo que la monarquía francesa era el nacionalismo integral. No sería menos exacto agregar que fue también el internacionalismo integral, pues al defendernos como pueblo, al mantenernos como Estado, cumplía también el grande, generoso y pacífico papel de federador del mundo. Al perderla, perdimos en nuestra doble calidad de súbditos franceses y ciudadanos universales.

No existe, pues, peor negocio en la historia desde hace ciento cincuenta años, que nuestras revoluciones.

Para rehacer un Estado, deberemos evitar que se funde en *los principios del siglo XVIII y la Revolución,* porque dichos principios, independientemente de su tontería y absurdidad intrínsecas, imponen al Estado un ridículo papel de *magister* y papa de donde resultan la agobiadora y estéril división de las guerras religiosas y los conflictos de escuela. Además, determinan que el Estado se

aparte constantemente de sus funciones, de su ocupación: el carácter de dichos principios es ensanchar el Estado, extender a todas las cosas su monopolio, y privarlo del vigor necesario como para mantener el orden y la defensa de la patria.

El único Estado francés asistido de sentido común comportará la existencia de un rey poderoso en su centro y organizaciones autónomas en la periferia.

En efecto, nuestro Estado deberá ser fortificado y limitado, y tan limitado como fortificado.

Hay que sacrificar al genio de la autoridad la ridícula palabrería del Parlamento central; por el contrario, se debe favorecer, ayudar, emancipar y reorganizar todos los cuerpos, compañías y comunidades susceptibles de expresarse a través de asambleas locales profesionales o religiosas, de la C.G.T. a la Iglesia, de los estados de Provenza a los de Normandía, Bretaña y Flandes. Esto se adecua a todas las comodidades del público. El público es siempre vapuleado en sus asuntos profesionales y locales por un Estado que debería reducir sus tareas al contralor atento y la inspección seria, activa y justiciera, y no carecer completamente como carece de lo que se necesita para ser buen empresario.

La absurda *filosofía del siglo XVIII y la Revolución* nos ha despojado de nuestros derechos, poderes y libertades en materias en que podríamos ser competentes o llegar a serlo con poco gasto. El mismo trastorno histórico y la misma filoso-

fía sofística nos han conferido poder soberano en temas de los que casi nada sabemos y no podíamos saber gran cosa —la alta política y la alta policía—, y donde, en consecuencia, seremos siempre puestos en ridículo, saqueados y fusilados sea por parte de salteadores o por ejércitos o diplomacias regulares. Harto hemos sufrido tal mistificación, como para no desear que termine de una vez.

Una noción parece faltar no a la filosofía, sino al alma de Taine; carente de la misma, queda este autor, a veces, atrás del prudente Le Play. Es la noción de las *reformas conservadoras*. A fuerza de pensar en "la complicación" y "delicadeza" del "cuerpo social" desemboca en ese estado de inercia y quietismo que habría que designar comatoso. Urge una filosofía más viril y más ágil. ¡Filosofía del orden, por supuesto!, pero del orden viviente y movedizo, con perspectivas progresistas. Filosofía hostil a las ideas revolucionarias, pero capaz de penetrar y recomendar los medios revolucionarios que son seguramente tan naturales como los otros: la flor del áloe no se abriría jamás si temiese turbar la paz del mundo por lo atrevido de su impulso vegetal y el ruido de la explosión. Las revoluciones malas se han hecho desde abajo hacia arriba; de arriba abajo se cumplieron revoluciones excelentes. Si el hombre tiene dientes caninos, hay que asegurarse de que los use bien; no hay que limárselos. Las imágenes,

las palabras, la razón raciocinante, la deducción en historia y política tienen reglas precisas que descartan el riesgo de la alucinación y la locura. Conviene que dichas reglas de disciplina sean enseñadas, aplicadas y vulgarizadas; el hombre tiene porciones oscuras de animal, de salvaje; cuidémonos de dejarle manejar las restantes, pero guardándonos de que los reduzca al exceso; en las profundidades secretas se elabora la energía de los más grandes impulsos. El ascetismo, el estoicismo políticos, pueden estar forjados de flojedad y poltronería: cuidémonos también de esto.

Todos los que conocen un poco la historia de la decadencia del espíritu francés, a partir más o menos de 1750, saben lo que se ha perdido y lo que no se deja de perder, desde el punto de vista exclusivamente laico y temporal de la higiene del pensamiento, con la desaparición de los estudios teológicos. Se destempla el propio nervio de la reflexión nacional; el conocimiento y voluntad del Orden, e inclusive el propio sentimiento cuyo eclipse deberemos deplorar. La memoria, la impresionabilidad, la imaginación y la sensibilidad han podido ganar un poco, al menos en apariencia, pero aunque dicho progreso fuese real, completamente sensitivo y animal, no compensaría la creciente disminución de la inteligencia propiamente dicha, juicio, razón, poder de sistematizar, generalizar, concluir. Somos a este respecto, en relación con nuestros hermanos lo que los

graeculi semitizados posteriores a Alejandro fueron respecto de los contemporáneos de Tucídides, Sófocles y Fidias.

Las letras clásicas estaban mucho más difundidas antes de la Revolución que en nuestros días; la burguesía francesa, a la que pertenecemos, ha perdido más de lo que ha ganado a partir de 1789 y en cuanto a la libertad de prensa, de la cual tanto se habla, nos permitiremos preferir la censura del virtuoso Malesherbes en tiempos del tirano Luis, a la de nuestros tiranuelos actuales; no hay comparación entre la libertad concedida al pensamiento por un régimen hereditario y la servidumbre que impone a la inteligencia esta democracia hija vergonzante, como lo ha sido siempre del reinado del oro y que Jaurès denominaba con gran propiedad "la plutocracia burguesa llegada a su apogeo".

En el siglo XVI disfrutábamos de los lineamientos de una lengua política tan rica como hermosa. Alcanzó ésta su apogeo en el siglo XVII; no conozco nada más claro y vigoroso que el vocabulario de la *Política* de Bossuet o las *Memorias* de Luis XIV. Montesquieu es ya menos claro. Se hace el ingenioso inútilmente. Voltaire cree siempre simplificar y a menudo oscurece las cosas. Rousseau es el caos. Y más vale no hablar de Mirabeau, Sieyès y Robespierre.

Napoleón, a veces, asistido por el genio, y, a veces, también Talleyrand, asistido por la tradi-

ción, han otorgado a las palabras cierto sentido y propiedad, pero la incontinencia parlamentaria, salvedad hecha de las tribunas de la Restauración, ha redoblado la oscuridad, la incertidumbre y la inquietud moral entre las personas sensatas.

No es accidental que la antigua Francia tuviese estilo propio, y que necesite buscar el suyo la Francia moderna. Hubo allí un Estado nutrido y sostenido por tradiciones fuertes, una civilización, una sociedad respetuosa de los valores de la herencia, ministros cultivados, reyes hidalgos. Aun cuando asuma la forma monárquica, como sucedió en Francia entre 1815 y 1848, un Estado sacudido o secundado por el espíritu de la revolución, es mal protector de las artes, mal adquirente de obras y pésimo entendedor. ¡Con mayor razón aún un Estado republicano que ha cortado todos sus puentes con el límpido pretérito de Francia! ¡Con mayor razón un Estado democrático y parlamentario que no es sino la anarquía consolidada y administrada!

El más notable de los grandes circuitos históricos, aquel cuyos giros han sido, son y serán, sin duda, los más constantes, es el que traza las tres fechas de 1789, 1793 y 1799: Declaración de los Derechos del Hombre, Terror y Dieciocho de Brumario, o sea liberalismo, jacobinismo y estatismo.

Siglo y medio atrás se pensaba que dichas ideas exaltarían al pueblo francés sobre todos los demás pueblos; y, en cambio, lo único que han logrado

es hacerlo retroceder. ¿Cuál podrá ser su futuro fuera de rematarlo y consumirlo, obligarlo a pasar por nuevos estados de disminución y decadencia?

El porvenir de las ideas revolucionarias es exactamente el contrario a nuestro porvenir nacional.

Pienso con profunda piedad en esas cabezas jóvenes en las que el gusto de las ideas generales preparaba recursos infinitos para el lozano germen que allí se hubiese arrojado. Lo que se arrojó fueron boberías. Se sembraron las tres grandes regresiones de la era moderna, la Reforma del siglo XVI, la Revolución del siglo XVIII y el Romanticismo del siglo XIX. Podemos ser hombres probos y dejar que se nos hagan trampas. Admitidas estas tres bases previas no hay que ser más que un buen lógico para sucumbir a las consecuencias.

—Pero, ¿destruyen acaso la patria?

—Quizá sí. La Reforma ha destruido la República cristiana. La Revolución destruyó la monarquía francesa. El Romanticismo saqueó las tradiciones del género humano. ¿En qué sentido, podréis decirme, habrá de ser la patria bien más sagrado que todos estos tres? El asunto estriba en saber si es cierto que se ha tenido razón en el primer caso y saber también lo que es verdadero en principio y en general.

El antipatriotismo, en principio, es estúpido. En esto por lo menos, nos hallamos de acuerdo. Pero, hasta qué punto el acuerdo será símbolo y

portador de almas atormentadas, formadas, cultivadas de tal manera que se les haga admitir, precisamente, que lo estúpido es lo hermoso, lo verdadero, lo justo y lo heroico. Hay que revisar todos estos valores o desesperar.

Para no resultar engañados, conviene ante todo, tener en cuenta la malignidad y el artificio de los hombres. "Vida" y "muerte" han sido desde un principio eufemismos destinados a cubrir ciertos sentimientos no muy altos. El partido de la democracia y la anarquía triunfa en el manejo de eufemismos de este tipo. Es el único punto en que ha dado muestras de talento. Llama emancipación a la esclavitud de los más sabios por parte de los más ignorantes, y de los mejores por los peores. Rotula con el nombre de "fraternidad" a un impulso que quiebra los nuevos lazos tendidos entre los pueblos y que, en todos los estados, arma al proletario contra quienes son dueños de algo. Llama "científicas" o "naturales" concepciones contradichas por la naturaleza y desmentidas a cada rato por la ciencia.

Joseph de Maistre, que denominaba a la Revolución "satánica", hubiera también podido llamarla "caótica", pues esta obra de las potencias inferiores no se sostiene sino merced a una alteración perpetua del sentido y valor de los vocablos: el más grande enemigo del espíritu revolucionario podría bien ser un especialista que enseñase a nuestros hombres claudicantes el antiguo

arte de las definiciones. En todo caso, muchos fraudes desaparecerían de nuestra lengua política y los sentimientos viles se mostrarían al desnudo.

La democracia no soporta que la política pueda ser objeto científico. Una ciencia política es imposible, según hipótesis de Rousseau.

Sabios y sacerdotes podrían tratar de reglamentar en nombre de la moral y la religión los individuos; ninguna ley política ni ningún tipo político puede sobreponerse a la libre contratación de voluntades iguales.

Fundada la soberanía como lo está en el número y formado éste de unidades idénticas que no se hallan constituidas sino de libertad, les basta a éstas por tanto, con unirse para representar lo *verdadero* político y el *bien* político, a la vez. Tesis absurda, se dirá. Pero es una tesis que se profesa y se practica. Si no es profesada en forma unánime, fue practicada sin reserva todas las veces que el elemento democrático prevaleció en la historia del mundo. Cuando el número adopta el papel de legislador y se siente liberado de toda institución extraña, sin pánico alguno que dicte sus decisiones, su única obra consiste en transformar en decretos las inspiraciones de su exclusiva voluntad. La historia nos muestra el ejemplo de patriciados y príncipes que han recaído a veces en dicho infortunio, pero no nos muestra a democracia alguna viviendo en el mismo constantemente, y si puede decirse, regularmente. Es cierto que la regla de estas formas de vida es la brevedad de

las mismas, y la misma naturaleza se ocupa de establecer el orden con la supresión regular de las sociedades delincuentes.

Las ideas no son de nadie y son sencillamente lo que son. Se desarrollan de acuerdo a su naturaleza interior sin el consentimiento de sus adherentes y, a veces, contra la voluntad de éstos. Si admitía la soberanía de diez millones de electores franceses representados por boletas electorales o ciudadanos electos contra la autoridad de un millar de franceses muertos y un millar de franceses por nacer representados aquéllos por la Casa de Francia y el jefe de la misma, bien podréis meditar acerca de la consecuencia final de semejante idea; pero dicha idea, una vez admitida, no se detendrá en el citado punto; proseguirá hasta su conclusión última que es la victoria del pasado, y el desentendimiento de lo porvenir en aras de algunos goces y satisfacciones del presente. Lo que hayáis aprobado autorizará lo que reprobéis. Haréis admirar vuestro valor y generosidad en la defensa de una causa desesperada. Pero mucho habrá que deplorar la imprudencia extrema con la cual desdeñaréis las posiciones superiores desde las cuales podríais resistir al enemigo, y en todo caso, conservar la esperanza de alcanzar algún día la victoria.

Si la Reforma y la Revolución se hubiesen contentado tan sólo con "aconsejar" el respeto absoluto de la persona humana" o de "consagrar le-

gislativamente los derechos inalienables del individuo en los actos religioso, civil y económico", ¿qué es lo que habrían aportado de nuevo? La edad media ya había dicho todo eso. Fue propio del liberalismo protestante y la democracia revolucionaria querer establecer la Ciudad sobre la voluntad y conciencia de los individuos. Debido a que el peso es gravoso para un soporte débil y nuestro espíritu público proviene enteramente de este desproporcionado conjunto de cosas, descubrimos que nuestros perpetuos trastornos son efecto de este contraste. Se nos dice: "Harás la ley", o mejor dicho, "ninguna ley se hará sin tu voluntad explícita", y nadie me preguntó si adhería a la familia en la cual ingresaba al nacer o a la nación que integraba esta familia. Ni he elegido mi siglo ni mi clase social. Mil intereses vitales independientes de mí, y de los cuales yo dependo, me mezclan con un mundo de necesidades inflexibles, invitándome a hacer reinar mi voluntad sobre esta multitud de causas y efectos que no puedo en modo alguno aprehender. La Revolución y la Reforma tratan la sociedad política como una simple asociación de voluntades. Es una asociación de fuerzas preexistentes. Las condiciones y los movimientos del orden social son demasiado poderosos como para variar de acuerdo con nuestros anhelos individuales. La voluntad del hombre no podría cumplirse sino en la medida en que lo permite la ley general. Hay que asociar nuestros deseos a dicho orden, combinar nuestro es-

fuerzo y naturaleza con su naturaleza y esfuerzo si no queremos extenuarnos inútilmente. La única política sensata sólo declara una soberanía, la del bien común, también designado con los nombres de interés general o bien público. La soberanía de los individuos no puede ser sino irrisión, locura, "mentira innoble" o "mistificación opresiva", según juicio del primero de los críticos de la Reforma después de Bossuet.

Un lógico que parte de la soberanía del individuo y quiere construir un Estado podrá morir antes de haber dirigido su sistema, pero si lo construye sobre dicho fundamento individualista, no podrá concebir ni realizar nada que no sea el despotismo del Estado.

Teóricamente, su Estado representa el más absoluto de los soberanos absolutos, ya que es la emanación de un total de soberanías individuales e incoercibles de las cuales recibe toda su fuerza, autoridad y majestad. Este Estado tiene prácticamente a su merced personas y bienes siendo como es el único producto de dichas voluntades soberanas y no pudiendo soportar grupos intermedios entre él y el individuo. Cada cual se encuentra solo contra el Estado, expresión de todos, y todas las unidades pueden ser así trituradas sucesivamente por la masa unida y coherente de todas las demás. Éstos tienen el derecho y el deber de formar un conjunto indivisible, y aquélla debe padecer de hecho y de derecho, ante tal coalición.

Recordemos, al efecto, la evolución de nuestros revolucionarios entre 1789 y 1793, desde el tipo constituyente al tipo convencional, del liberal al jacobino. Basta con abrir esa biblia del partido revolucionario que es el *Contrato social,* al principio de la cual todos los hombres jurídicamente libres e iguales realizan el liberalismo puro y a cuyo final se propone y obtiene la más completa tiranía de Estado que haya sido revelada hasta entonces; entre el individualismo absoluto y el Estado absoluto, el encadenamiento es lógico. Los acontecimientos se encadenan al igual que las ideas como demuestra el proceso que va desde el régimen de la Declaración de los Derechos del Hombre al régimen del Terror.

Cuando los oradores de izquierda limitan o mutilan nuestras funciones sociales en nombre de las ideas de 1789, no hay duda que se ciñen a la lógica, pero a la lógica de una inepcia, mientras que los de derecha a los cuales les asiste entera razón en defender sus funciones esenciales, sin las cuales no existiría ningún derecho personal, se suman en la contradicción y el absurdo cuando recurren a los principios individualistas de los derechos del hombre.

Análisis e historia aparecen aquí en completo acuerdo; corporaciones, compañías y comunidades desaparecen en el momento preciso en que el derecho divino del individuo es declarado en la mente de los filósofos antes de surgir transcrito

en textos de ley. Y no solamente ha sido así, sino que debió de ser así. No se trata de un simple juego de fuerzas históricas vecinas ni de un concurso fortuito de hechos extraños entre sí. La conexión entre ambos hechos es intensa. Me atrevería a decir inclusive que son un solo y único hecho. Decir que los hombres nacen libres e iguales en derechos "en todos los casos de conciencia legislativa" y referirse a dicho supuesto estado natural, es negar por sí mismo que el estado de asociación, en otros términos, de dependencia o desigualdad, sea el verdadero estado natural. El artículo primero de la primera Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano constituye una verdadera declaración de guerra a todos los fundamentos naturales de la asociación. Este artículo niega la definición del verbo *nacer*, si es que *nacer* quiere decir defender; si *nacer*, por lo mismo, significa desigual. Pero, pudiera ser que hasta 1789 el género humano se hubiese equivocado, y *nacer* significase ser igual y no dependiese de condiciones anteriores y necesarias y no fuese tampoco fruto de una asociación y conjunción previa... *Nacer* quiere decir ser eternamente; en este caso, *hombre* significa *Dios;* ¿quién no ve que dicho nacimiento, sustraído en tal forma al orden del espacio y el tiempo; quién no ve que tal hombre, elevado a la dignidad de lo divino, excluyan tanto la idea como el hecho de la asociación?

Ninguno de los veinticinco millones de Jehovás civiles y políticos improvisados por la Declaración de los Derechos del Hombre tenía nada de ilustre y precioso fuera de su propia persona. Lo que había que salvaguardar en ellos, ante todo, era su derecho privado, su orgullo personal. El Estado no reconocía sino la existencia de ellos, de modo que si la triste fantasía de los mismos diera en alienar alguna parcela de esta incomparable sustancia, era su deber castigar la enojosa pérdida. Toda la dignidad se cifraba en este tesoro, en este sacramento. No conservarlos equivalía al sacrilegio.

Toda asociación o comunidad limita el poder propio individual. No digamos que crea, por tanto, nuevos poderes y fuerzas.

El individuo, al fin de cuentas, puede sentirse muy cómodo con los resultados de un sacrificio consentido en tiempo oportuno; no ha sacrificado en ningún momento lo que constituye su adorno y gloria mística frente a todo teólogo de la libertad. Los hombres del 89 extremaron la mira en dicho pecado. Lo persiguieron por todas partes, y con lógica infinitamente rigurosa cuanto más proclamaron la soberanía del individuo, con mayor fuerza reinaron sobre el poder de las comunidades. Hemos podido indicar cuán falto de razón, cuán demencial era su punto de partida; por lo menos fueron dignos de las altas tradiciones del espíritu francés al extraer del mismo todas sus

consecuencias. Estos locos imitaron al diablo y fueron buenos lógicos.

Querríamos mostrar ahora el grado de degeneración de sus sucesores, embrutecidos por cien años de cultura liberal y legislación democrática.

La autoridad tiene evidentemente el recurso de hacerse temer, de reinar mediante el terror. Sin que nutramos prejuicios profundos contra los medios duros, debidamente aplicados y aptos para inspirar reflexiones saludables, no dejaremos de sonreír ante las buenas gentes que pasaron su vida en la admiración del sistema de la "navaja de afeitar nacional" y la guillotina. Dicho entusiasmo por el procedimiento de 1793 atestigua un laudable sentimiento de orden, pero "hasta cierto punto solamente", como diría Pascal.

¿Generales, ministros, jurisconsultos, filósofos, sacerdotes, poetas, todo lo que sobrepase del nivel común, todo lo que sea capaz de entorpecer la voluntad de "la nación" será cercenado sin ninguna forma de proceso? Por una parte el procedimiento parece muy fuerte y muy débil por la otra. Podemos descuidar el salvajismo del método para admirar la irreflexión; el Estado, al suprimir como medida de represión, pero no a la manera de Richelieu, algunos criminales ejemplares, sino la muchedumbre de quienes le hacen sombra, se castiga y disminuye a sí mismo privándose de los más altos valores nacionales y sus más preciosos medios de acción. De aquí que la violencia jacobina surja sobretodo como la violencia de la ne-

cedad. ¡Y tan limitada! ¡Y tan bien destinada a provocar contra su propio pensamiento reacciones inevitables! He ahí ciertamente lo contrario de la solución que buscamos. El asunto no consiste en suprimir los grandes, en hacer desaparecer los miembros de las diversas aristocracias y empobrecer así la Ciudad y el mundo; se trata, por el contrario, de reunirlos y concertarlos en provecho del orden público; se trata de extraer de su inteligencia, fortuna y consagración, de la autoridad y actividad que reúnen, todos los bienes de que sean capaces en vista del bien común.

La revolución quiso disfrazar nuestras diferencias naturales, pero no ha podido impedir que existan.

La idea de justicia individual concebida como idea de la igualdad individual misma forma el trasfondo del socialismo moderno; se la puede definir, y la definimos, mi desgraciado amigo Frédéric Amouretti y yo en el curso de nuestras interminables conversaciones diurnas y nocturnas del decenio de 1890 a 1900, como "un sistema de organización del trabajo en provecho de la igualdad", es decir, del individualismo absoluto, del yo numérico, del yo separado y abstracto de toda condición que no sea la individualidad más general; en la misma forma en que A = A, un hombre es igual a otro y todo trabajo realizado en un tiempo dado es equivalente a cualquier otro tra-

bajo realizado en el mismo lapso. No existe nada más salvaje ni más destructor. Toda sociedad, toda ciudad ha sido construida y reposa sobre la diversidad de las necesidades, la diferencia de los órganos y la división del trabajo. Aquí el orgullo y pereza de cada cual trabajan de consuno para nivelar todo y quebrantar todo. Es la simple, la monótona anarquía generalizada. Es el régimen político de la democracia (atomismo y geometría) extendido al dominio de la economía social. Es la parálisis republicana reinando sobre el trabajo humano.

Los antiguos doctores de la democracia habrían abusado, se dice, de la lógica y la razón... No, cien veces, no: no es la meditación solitaria, no es la especulación *a priori* la que embriagará a los hombres del siglo XVIII. No es por cierto la razón, sino, por el contrario, el impulso sentimental lo que les hace tomar por axiomas simples asociaciones de imágenes sin consistencia ni coherencia, y por tanto, carentes de verdad.

Abro una página del *Contrato social* y leo esta frase: *El hombre nació libre y se encuentra por todas partes encadenado.* ¿Culparemos a Rousseau por haber hablado del "hombre"?; ¿lo culparemos por haber expresado un juicio relativo a todos los miembros del género humano? Pero todos los moralistas, a partir de Aristóteles y Homero, serían culpables junto con él. El error de ellos consiste en ratificar la libertad del ser más cautivo

que exista en el mundo. Y el ridículo consiste en destruir, en la segunda mitad de la frase, lo que afirmaba la primera. No digamos a los políticos que nunca hay que razonar *a priori*. Digámosles que hay que usar del *a priori* con extrema prudencia, adjudicar la más grande atención a la construcción de las mayores y su verificación. Un alma de diversa envergadura que la de Taine, la de Auguste Comte, ha apresado y demostrado, tanto en forma teórica como práctica, la utilidad, el precio, la importancia, pero también la dificultad de la deducción en materia política. Ahora bien, prohibirnos la acción de deducir en tal materia resultaría de índole tan práctica como prescribirnos pensar sólo con la mitad de nuestro cerebro. Los enemigos del apriorismo, ¿se han dado cuenta acaso de que no adquirirían una caja de cigarros ni una estampilla de diez céntimos, sin auxilio de la deducción?

Los hombres del siglo XVIII incurrieron en el error de razonar poco, y muy mal, invocando en un todo, la razón.

La teoría de los derechos del hombre se recomienda por sí misma merced a hechizos secretos y a ventajas públicas. Por una parte corresponde, en lo que tiene de liberal e igualitaria, a las pasiones del orgullo, la vanidad, el amor propio, la indisciplina, el egoísmo y la envidia; por la otra, corresponde a esos movimientos de expansión que

hacen que una grande alma reconozca en toda otra su propio grado de grandeza. La sensibilidad del hombre en lo que éste posee, en primer lugar, de estrecho, bajo, celoso y personal, y después, en lo que tiene de vasto y generoso, condiciona el doble origen psicológico de la *Declaración de los derechos*. Ocurre solamente que este origen no puede confesarse crudamente. Harto sabemos que buena o mala, expansiva o egoísta, o como diría alguien, centrípeta o centrífuga, la sensibilidad que es, sin duda, el precioso reservorio de las fuerzas vivas, no podría proveer ninguna regla para la vida privada o pública. En su primera forma es odiosa o nociva; en la segunda, imprudente o un poco ridícula; en ambos casos no tiene cuenta sino de sí misma, sin entender de lo esencial, o sea la necesidad de vivir o el riesgo de perecer, doble ley de las sociedades. He ahí por qué los filósofos oficiales de la República no pudiendo declarar abiertamente que su política torna a enlazarse con la filosofía de la sensibilidad, van a buscar inclusive en Kant todo un aparato doctrinario y crítico, que es, por lo demás, absolutamente apropiado a éste, ya que el kantismo tan sólo representa, pese a las apariencias y examinado en sus repliegues secretos, una dogmática del sentimiento.

Entre 1789 y 1793 un mismo equipo de hombres baló como los corderos de la égloga y aulló a la muerte como los perros salvajes. El optimis-

mo político ha seguido y seguirá siempre dicha curva; solamente que ésta es extraña a la reflexión. Quien considera que todos los hombres son ángeles cuyos instintos hay que dejar vagar en libertad, y cuenta, por tanto, con la adhesión unánime del género humano, se ve bien pronto obligado a comprobar, en virtud de los hechos, que no todos admiten su sistema y que algunos hombres lo desmienten por su forma de actuar. Dicha doble comprobación no destruye en absoluto el sistema ya que se ha tenido cuidado de especificar desde un principio que existían monstruos en conspiración permanente contra la felicidad general. Tales monstruos sirven para especificar de inmediato las excepciones al sistema, y después los opositores al sistema. En cuanto a los monstruos, deshagámonos de ellos. "Guillotinemos", decían los idílicos de 1793. Expulsemos, eliminemos, acosemos, encarcelemos, dicen los idílicos de 1903 o de 1936; cualesquiera sean las diferencias entre los procedimientos, los motivos son absolutamente semejantes. Los blandos decretan lo que ellos estiman ser el principio mismo de la blandura y el amor. ¿No obedecemos a dicho decreto? ¿No aceptamos dicha suavidad por decreto? Bien, los blandos nos alzarán la mano, nos la han alzado, nos la alzan. "Sed suaves" —exclaman— mientras nos pegan. Y todavía: "Fraternidad o muerte".

He aquí, por tanto, y descontada siempre una absoluta buena fe, el proceso que va de la dul-

zura metafísica a la política de malandrines o, si nos parece mejor, del liberalismo al jacobinismo. La hipótesis de la buena fe se verifica de cuando en cuando. Sería inocente no corregirla mediante puntos de vista útiles acerca de los efectos de la ambición, la codicia o la vanagloria. Pero, cuando se quiere analizar un fenómeno, lo primero que se debe hacer es aislarlo. Vemos en tal forma hasta qué punto el acaramelamiento humanitario se avecina al sectarismo sangriento. Concluyo que deben evitarse estas dulzarronerías. Concluyo que el mejor medio de evitar 1793 será siempre oponerse a 1789.

El patriotismo, decía Fustel de Coulanges, no es solamente el amor por una tierra determinada; es también y sobre todo, el amor por un pasado. El espíritu revolucionario demuele esta concepción cuando enarbola, como un estandarte, en su himno oficial la divisa: *Hagamos tabla rasa del pasado*... No nos objeten que es el himno socialista, el himno de Potier. Los "patriotas" de 1789, que eran verdaderos cosmopolitas, estaban animados de igual sentimiento respecto del pasado.

Denigrar el valor político y educativo de la historia no es contribuir al progreso del espíritu humano. Dividir el patriotismo en simple y complicado; dividir a los franceses en dos zonas, una de ellas consagrada al porvenir, y la otra encadenada irrisoriamente al pasado por una especie de martirio sádico, sufrido en sacrificio a las ideas

por las cuales siente horror, no es una buena acción, sino ni siquiera una acción de guerra legítima.

Lo que los grandes antepasados entendían por patriotismo era cosmopolitismo. Llamaban "patriotas" en Europa y el universo, a quienes pensaban como ellos, tal como si perteneciesen a idénticas sociedades de pensamiento. El duque de Brunswick lo era. Mirabeau había encontrado a otros muchos en la corte de Prusia y los salones de Berlín.

Con el tiempo y tal como aprendió el arte de guerrear, la Revolución aprendió, al menos en parte, el verdadero sentido del nombre de patria.

La corriente de ideas pacíficas que hacía estragos en el ánimo del viejo Sully transcurrió en vísperas de una de las más terribles conflagraciones de la historia, como fue la guerra de los Treinta Años.

Tal es, lo hemos repetido a menudo, la característica de todos los pacifismos. Eramos pacifistas en 1789, y tres años después estalló la serie de guerras que debía durar más de un cuarto de siglo. Eramos pacifistas en 1848: cinco años después tuvimos la serie de guerras del Segundo imperio. Eramos pacifistas en el Congreso de Lausana: la respuesta fue la guerra de 1870. Eramos pacifistas en 1900 en París y San Petersburgo: fue aquello el despuntar de guerras pri-

mero extremo-orientales, luego, orientales, y últimamente, europeas que terminaron por abrazar cada vez más a todo nuestro Occidente. No fabrico leyes históricas a la ligera, pero ningún hombre cuerdo enfrentará tal *constante* histórica sin reflexionar gravemente. Si antes de dedicarse a enfilar palabras, nuestros políticos estuviesen atentos al encadenamiento de los hechos, menos mujeres y niños llorarían hoy sobre tumbas lejanas.

No se construye el porvenir sobre estados de espíritu tan móviles como las fantasías del sentimiento popular respecto de la guerra o la paz. El porvenir se construye sobre intereses estables y situaciones permanentes.

Los pacifistas del tipo de Bourgeois han asistido impotentes a cuatro o cinco grandes guerras europeas o externas desde que se constituyó el tribunal de La Haya; la República del 48, que declaró la paz al mundo en nombre del sufragio universal, abrió en los hechos la serie de matanzas de la segunda mitad del siglo XIX; al anunciar la "paz a las chozas", al considerar la guerra como un accidente efímero, la primera Revolución nos condenó a matanzas recíprocas durante un cuarto de siglo. Tales son los beneficios y la eficacia del pacifismo humanitario y masónico, según los testimonios históricos más conocidos. Y la misma historia nos muestra cómo, desde la alta Edad Media, el catolicismo no ha cesado de

predicar y también de imponer la paz, tanto entre los pueblos como entre los soberanos. La diplomacia sagrada de la Iglesia no dejó de negociar con éstos para apartarlos de la idea de tomar las armas u obligarlos a desarmarse. Cuando se predicó inclusive la Cruzada, sólo encaró una operación de gendarmería cuyo último objetivo fue el de siempre: la paz del mundo católico.

No existe idea humana que no haya hecho correr sangre en la tierra. No existe idea, por impersonal y desinteresada que se mostrase en un principio en la mente de sus inventores, que no haya terminado por acuñar moneda o proveer de dinero a sus defensores.

Pero, el promedio de sangre vertida y moneda acuñada es lo que cuenta en la ocasión, y desde este punto de vista y a la luz de la historia, las ideas anarquistas son las que, en todo tiempo, se han sobrepuesto a las demás. Casi toda la Revolución Francesa nació de Rousseau, optimista, sensible y amante de la naturaleza. Y la doctrina de éste suscitó y autorizó el más caudaloso río de sangre y las más inmundas y viles intrigas que hayan deshonrado al mundo moderno. Y no sólo fue así, sino que debió ser así. No sólo se comprende esto, sino que sería incomprensible la salida contraria: un punto de vista político que no deja subsistir más que al individuo y al Estado conduce a la creación, por un lado, de un tropel de esclavos, y por otro, batallones de sublevados: unos, puros; otros, impuros; unos, desinteresados;

otros interesados, sedientos de sangre, bebedores de oro.

Hay que renunciar a los principios de la democracia moderna donde día a día se aguarda ver agravadas las consecuencias de su institución.

Libertad del individuo, igualdad de los hombres (ambas fórmulas, unidas, son contradictorias, pero, ¿qué importa?), humanitarismo civil, social e internacional, principio de las nacionalidades, etc., convoco a todos los miembros de la alta humanidad a reaccionar contra estos errores ridículos, y si tal desquite no se produce me veo obligado a esperar y prever el castigo que administra la naturaleza a los seres individuales o colectivos que la violentan en demasía, quiero decir, que la matan. O la reacción o la muerte; no tienen otra elección las sociedades llamadas modernas.

...Vulnera la esencia de mis sentimientos de francés, consagrado ante todo a la unidad francesa, cuando se trata de explicar solamente por el procedimiento de los apetitos o las locuras de una clase (la burguesía) el vasto conjunto de inepcias y extravagancias que comienza en 1789...

Todos, en grados diversos y en dosis desiguales, si se quiere, pero siempre reales y fuertes, hemos sido culpables o ilusos o engañados. Hemos cometido una enorme tontería en conjunto; el crimen nació de la tontería inicial por el juego de causas y efectos que se podía prever y se previó en efec-

to; de este crimen nació el estado de rebajamiento nacional del cual es testimonio todo el siglo XIX, si es que se tienen ojos para ver y razón para pensar. Más allá de tal o cual gobierno; más allá de tal o cual régimen, se ha constituido un estado de cosas destructor de Francia. Dicho estado de cosas reposa en el estado de espíritu democrático y republicano. No se trata de saber si hemos profesado dicho estado de espíritu, si los nuestros han estado más o menos imbuidos o tocados del mismo. Se trata, en primer lugar de saber si nosotros, los herederos de dicho mal, pero también de todo ese bien inmenso que significa el nombre de Francia, dejaremos que el mal consuma nuestro bien o si con el pretexto de que dicho mal es también patrimonio nuestro, permitiremos que crezcan y se multipliquen los deterioros.

Debemos elegir entre la tradición de la vida y la tradición de la muerte.

El apego a los principios de la Revolución es la garantía más fuerte de nuestra desintegración, pero dicha desintegración individualista representa, a su vez, la mejor prenda de la dominación del extranjero sobre nuestros hijos y nietos.

"Deshacer metódicamente la obra de la Revolución" es, por tanto, de acuerdo con un precepto de Paul Bourget, el único partido que corresponde adoptar por aquellos a quienes poco conviene semejante dominación.

La Revolución no ha abolido las castas, es decir, las clases cerradas, por cuanto la nobleza francesa franqueó siempre sus puertas y permitió que se produjera la selección de los individuos.

La abolición de la nobleza, "conquista de la Revolución", no ha asegurado pues la selección individual y ha impedido la selección de las familias lo cual representa singular contraste.

La antigua Francia y el antiguo régimen conocieron y aun reconocieron clases. La Revolución ha pretendido mezclar todo, confundir, nivelar. Ha puesto todo en convulsión. Al volver a escindirse, las clases contemporáneas tornan a revelar algunos de los elementos del orden antiguo. No son sino elementos. Falta el demiurgo organizador. Les falta el rey.

En páginas luminosas, absolutamente decisivas a los ojos de todo aquel que haya estudiado nuestro pasado provincial. Auguste Cochin ha mostrado la diferencia de la representación política en la vieja Francia y la vieja Inglaterra. Esta última concibe la representación como el órgano de la opinión, y la opinión se expresa a través de los partidos, correspondientes al pensamiento y la voluntad de un cierto número de mandantes que depositan una boleta en la urna. Este sistema, oriundo de la madre de los Parlamentos, es causa de decepciones profundas y objeto de críticas amargas por parte de pueblos y gobernantes,

de mandantes que se declaran burlados, y mandatarios en camino de estimarse paralizados. Augustin Cochin habrá enseñado a los lectores de su promoción y época la existencia de otro modo de representación, esencialmente francés que no se funda ni en las voluntades ni en las ideas, sino que expresa estados, diríamos, en suma, intereses, pero este nombre moderno es menos completo, menos rico, generoso y fuerte que el antiguo. El país comisionaba como representante ante su gobierno no el símbolo de lo que pensaba la noche anterior, al giro de la postrera brisa vespertina, sino la figura viviente de su ser, su situación y su posición permanente en el espacio y el tiempo. independientemente de los estados generales, reunidos en fecha desigual, nuestros estados locales, amos de gran parte del estado llano del reino, representaban eso: nobleza, riqueza, fundaciones religiosas, cuerpos, compañías, cofradías, comunidades, la tierra y la acción de Francia, la vida de las órdenes de la nación. Cada uno de dichos estados tenía necesidades antes que doctrinas, necesidades que hacía valer, primero, por sus medios propios, después, ante las órdenes vecinas y, en tercer lugar, ante el Estado, gobierno y rey.

El público debería saber, aunque lo ignora en absoluto, que el noventa y nueve por ciento de nuestros hombres políticos no son hijos de sus obras por mucho que pretendan demostrarlo ante el elector; provienen en realidad de linajes im-

portantes, de verdaderas dinastías republicanas, a las cuales se asigna el nombre de democráticas, pero que son algo muy diferente en buen francés, o sea oligarquías donde prácticamente, y en considerable medida, los poderes se transmiten a título hereditario. Diríamos aristocracia si esto fuese confesado, hecho público, reglamentado, vale decir, regular. Nada de eso existe, desgraciadamente. No hay libro de oro como en la República de Venecia. No hay patriciado constituido y reconocido como en Roma. Nuestros niños bien no son calificados legalmente de eupátridas, no llevan cigarras de oro en el cabello como en la República de Atenas. Su título está oculto. Su intervención no es menos activa y poderosa, pero eso tiene el defecto de todo lo que no se hace a plena luz del día, de lo que está al margen de la constitución y las leyes. Este elemento de herencia política carece de las fuerzas esenciales; autoridad proclamada y consentida, respecto de los unos y protección de los otros, con facilidad de anotarlo, y, por tanto, de reprimir el abuso; pero presenta todos los inconvenientes de la herencia, así como las flaquezas que el nombre de nepotismo sintetiza en forma tan expresiva.

Ha sucedido con el Estado francés lo que no podía menos de suceder en un Estado a cuyos legisladores se les ha puesto la idea de que todo debe fundarse en el mérito individual. Con nuestra boca y nuestra pluma hemos querido borrar a la familia de la lista de los agentes reconocidos de

la vida política. Pero la familia no es una convención; pertenece al orden natural, y como dijo el otro (el otro, aquí, es Juan Jacobo, ¡a quitarme el sombrero!), "la invencible naturaleza" ha habilitado en forma rápida, profunda e inevitable las cosas antiguas cambiando los términos e, inclusive, sin cambiarlos. Las influencias de familia han vuelto a conformar los hechos, o mejor dicho, han permanecido dentro de los mismos sin que nada haya podido desalojarlos de allí. Simplemente, se han suprimido de nuestra legislación y estatuto político ciertas garantías de publicidad y consentimiento que hacían posible la existencia de un fiscalizador, que todo hoy día complica, prohibe y proscribe. El honor de los nombres y las razas pugnaba antiguamente en la forma más legal del mundo por depurar y mantener en la línea de los servicios públicos a quienes pertenecían a los órdenes privilegiados. Ahora, en cambio, son sustraidos a toda disciplina; no hay más ley especial para su clase; toda búsqueda en dicha dirección se hace sospechosa; sois acusados de saltar el muro Guilloutet y practicar incursiones importunas en la vida privada.

Eso hace que esta rama de la vida privada influya con todo su poder en la vida política, y por supuesto, sin mejorarla.

La Revolución ha cambiado el curso natural y el ritmo normal de la vida en Francia.

No hay que elogiarla ni, en consecuencia, culparla, por haber inventado lo que no hizo, acontecimiento histórico del mundo: un hecho tan natural como la renovación de las altas clases por el ascenso de familias y, a veces, de tribus enteras, provenientes del pueblo. ¿Cómo se habría reformado la aristocracia militar en Francia después de la guerra de los Cien Años o después de las guerra de religión, sangrientas en grado sumo, sin el movimiento de transferencia de la toga a la espada y que renovó la toga por completo? ¿Cómo explicar sin movimiento parecido el período Luls XIV que llevó a su apogeo al Tercer Estado? No podemos, sin embargo, juzgar hábitos del Antiguo Régimen por el efecto de algunas ordenanzas dictadas dos o tres lustros antes de 1789 y que testimonian acerca de un sentimiento de reacción tan pasajero como insensato.

Sí, el acontecimiento de 1789 fue precedido por un movimiento de fiebre aristocrática que determinó la aparición de enojosos equívocos entre dos clases tan en contacto como lo eran entonces el Tercer Estado y la nobleza y que tuvo también la desdicha de alienar a una parte de la nobleza una parte del pueblo de París y de diferentes provincias. ¿Qué significan anécdotas de este tipo al lado de diez siglos de continuada sabiduría política?

Aun en los transportes de este acceso final, el Antiguo Régimen no dejó nunca de admitir el pa-

saje de una clase a otra. Lo admitía, protegía, inclusive, en caso de necesidad y según el tiempo, lo favorecía. Pero no lo provocaba. O, por decirlo mejor, no erigía un sistema, un estado de necesidad moral y política ni convertía en un *deber* la actitud de provocar dichos desplazamientos sociales. La tara del régimen moderno es precisamente institucionalizar dicho deber contra natura, o, mejor dicho, ya que este régimen no existe a causa de dicha tara, la tara de la concepción moderna del Estado.

¿Quién representará el interés nacional? ¿Quién lo encarnará? ¿Quién lo sentirá? Antes, era el rey, y el rey, desde Hugo Capeto hasta Luis XVI, repartido entre treinta y tres personajes, sumamente diferentes, tanto de humor como de talento, de virtud y condición, y gobernando durante mil años, servía en forma tan plausible a dicho interés que luego de haber creado la nación, no dejó de extenderla y fortificarla, lentamente, seguramente, mediante una serie de majestuosas adquisiciones que el tiempo regularmente confirmaba. Francia solamente perdía terreno, como fue el caso de los siglos XIV y XV, cuando se infligían pérdidas a la autoridad real; pero cuando dicha autoridad renacía, el cuerpo de la patria volvía a recobrar bien pronto no solamente su reciedumbre, sino su capacidad de desarrollo natural. Al desaparecer, a fines del penúltimo siglo, desapareció también con él el sentido del interés

general. Subsisten en las oficinas públicas vestigios, recuerdos, tradiciones y huellas de su prestigio, al cual se opuso una política nueva, la de un Napoleón I o Napoleón III que sólo nos irrogó merma y menoscabo. La Tercera República se jactó de curar las llagas del Primero y del Segundo imperio. Pero al cabo de algunos años en que la tradición y el personal de la monarquía consiguieron, a falta de ésta, rehabilitarse, la Revolución y sus hombres retornaron al poder.

El conde Andrassy dirige a nuestro agregado militar en Viena, el marqués de La Tour du Pin, la frase histórica: "¡Ah, cuando se trata de Francia, suena un poco ridícula la palabra 'República'"; los Decazes, los Gontaut-Biron abandonaron la patria; les sucedieron los Herbette y los Waddington; se adopta la política del "no quiero problemas"; el Quai d'Orsay se transforma en el "ministerio de la cobardía exterior" y, cuando en una hora de esperanza, desastrosa e insensatísima, algunos jóvenes ministros se empeñan en renovar nuestra tradición de grandeza tentando una política coherente y sistemática, un huésped imprevisto, un impensado visitante, penetra en el recinto, se sienta, se aproxima a la mesa y hace frustrar metódicamente todas las tentativas previstas. ¿Quién es este desconocido? ¿Qué aporta? ¿Qué significa? Nada, muy poco, la lógica del régimen, el espíritu de las instituciones, el genio de la democracia y la república; en una palabra, la muerte fatal del país.

La idea de la Revolución, tal como Jean Bourdeau, después de muchos otros, lo ha demostrado con claridad, era profundamente cosmopolita; pero las guerras de la Revolución tuvieron por efecto consolidar la conciencia nacional y avivar el sentimiento de patria; los patriotas, a los cuales me he referido, trasladan a esta idea los atributos del hecho. Frente a la evidencia de que una nación creada, fortificada y madurada por nueve siglos de monarquía feudal, federativa y administrativa, cumple magnífica carrera cívica durante los veinticinco años de la Revolución, opinan que las consignas revolucionarias tuvieron, tienen y continuarán teniendo vigor sin ningún peligro para el porvenir militar de dicha nación. La falsedad de esta conclusión salta a la vista. Las máximas revolucionarias eran demasiado nuevas entre 1792 y 1814, como para haber producido ninguno de esos frutos; hombres y ejércitos, individuos y organizaciones, todo lo que Francia oponía entonces a Europa no eran sino los frutos del Antiguo Régimen caldeados de efervescencia y ebullición por un sistema de ideas y sentimientos que podían aparecer como nuevos.

Toda otra novedad habría poseído igual virtud; podemos agregar, historia en mano, que las novedades democráticas cayendo en un medio en que la producción y el ahorro aristocráticos han acumulado tesoros intelectuales, morales y materiales, determinan, de ordinario, por su incidencia brusca, un período de sumo brillo pero de exis-

tencia corta. Es el ejemplo de Atenas en tiempos de Pericles cuando la aparición de las nuevas máximas que despertaban la queja de Aristófanes condujeron brillantemente al precipicio, a una civilización que de haber sido administrada con prudencia, habría podido iluminar durante muchísimo tiempo la faz del mundo. No alabemos a una llama por descubrir los tesoros que precisamente incendia, sino que admiremos y lloremos, ante el fulgor que proyecta, el combustible que derrocha. Comprendamos, en una palabra que, precisamente, por medio de las glorias militares del primer Imperio y la primera Revolución, podemos calcular los inestimables recursos acumulados en nuestra tierra por la economía de los reyes.

Antes de la regresión de 1789, cuando aún la vida pública no funcionaba en sentido inverso entre nosotros, los ejércitos combatían sin necesidad de que el comerciante fuera arrancado de su mostrador; el labriego, del arado; el obrero, del taller o el marinero, de su embarcación. Los reyes de Francia hicieron el país con pequeños ejércitos, compuestos, parte, de voluntarios, parte de levas obligatorias, sumamente pacíficas, y parte, de mercenarios, muchos de los cuales eran extranjeros, tales como nuestros aliados "perpetuos" de Suiza o los vecinos renanos. No insistiríamos lo suficiente en informar que el más grande revés militar de los Borbones, en tiempos del rey a quien debemos Nancy y Bastia, el desastre de

Rosbach, fue sufrido por un ejército de 60.000 hombres cuyos dos tercios eran de procedencia alemana...

No se sabe, por tanto, lo que se dice, cuando se comparan las desdichas, pérdidas y desastres, inclusive de dos siglos atrás, con los nuestros. Quienes escriban nuestra historia deberán acercarla a los momentos más sombríos de la alta edad media y el fin de Roma, a Alarico y Atila personajes que hicieron la guerra como el ex emperador de Alemania y su hijo. Hay que escapar de esa noche.

El régimen democrático es el que exige *más virtud* y el que promueve *más tentaciones*. Esto se vio en 1792-99; y se volverá a ver tan frecuentemente como gocemos, bajo el nombre de soberanía nacional, el régimen de Anonimato, la Irresponsabilidad, las Elecciones, el Dinero y el Extranjero.

La justicia, la buena y rígida justicia francesa no se detuvo, como creen algunos maniáticos de la Edad Media, al pie de la encina de San Luis. Recordemos cuánto la monarquía borbónica, la monarquía moderna, la de Luis XIV, han hecho en sus *Grandes Días* en favor de los débiles y humildes, contra los crímenes de los poderosos.

Tan difíciles operaciones son sólo posibles al gobierno de uno solo. En las oligarquías, donde toda suerte de cadáveres liga entre sí a los poderosos, esto es mucho más raro y duro. Inclusive donde los "grandes antepasados" han sabido castigar justamente y severamente a los granujas,

la medida ha sido tan torpe que ha permitido a ladrones, chanchulleros y acaparadores de víveres recibir el injusto honor de subir a cadalsos santificados por los suplicios de un Luis XVI, un André Chénier y un Lavoisier: la virtud ejemplar ha desaparecido en la fuerza.

Los romanos realizaron, por primera vez, en forma rápida y tosca, pero fuerte, la unidad de que era entonces capaz la Galia. Le dejaron una religión, los rudimentos o los restos de una lengua, y los vestigios de una administración. El catolicismo tomó cuerpo y prosperó. Los dialectos romanos dieron origen al francés. Las circunstancias junto con los vestigios romanos recubiertos de un superficial aporte bárbaro, engendraron el feudalismo, institución a la cual resulta craso error denominar "germánico". Ni merovingios ni carolingios agregaron gran aporte a esta subestructura original. Pero apareció la dinastía de los Capetos. Surgió en principio como valla contra los escandinavos, nacida del suelo mismo de la patria para rechazar a dichos bárbaros invasores. Esta familia de Defensa nacional, después de haber limpiado el recinto, comenzó a ocuparse en la tarea de constituir la nación. Secundada por la Iglesia, apoyada en ella, comenzó a rehacer la antigua Galia romana, con elementos más vastos, pero sensiblemente análogos a la antigua textura ibera, ligur, celta, belga, germana, griega y romana. Desde 987 a 1789, "en ochocientos años",

escribe Renán, en una página inmortal de su *Reforma*, "la política de los Capetos hizo a Francia, tal como nosotros la entendemos, la Francia que ha creado todo y donde vivimos, la que nos une, la que representa nuestra razón de ser". Esta obra de unidad ha sido ejecutada por mil medios. La centralización fue uno de ellos. No fue el único. El medio contrario fue también utilizado. ¿Centralizaba acaso el rey cuando secundaba a ciertos municipios? No, porque favorecía centros de autonomía sólidos y resistentes. ¿Centralizaba cuando concedía a determinados cuerpos, clases o familias, cartas que les conferían derechos y deberes particulares? Tampoco, y por la misma razón.

Pero conviene seriamente darse cuenta de cuanto hay de relativo en los términos de centralización y descentralización. Los grados de bondad o novicidad no se miden, en suma, sino de acuerdo con las necesidades de las épocas. Conozco federalistas y autonomistas, perfectamente consagrados al culto de la realeza que fijan intrépidamente la fecha en que los poderes reales excedieron el grado de centralización que convenía al bien público. Unos, que conviene reprobar, se remontan hasta Richelieu; otros, parten más bien de Luis XIV. No me atrevo a tanto. No poseo el metro que me permita determinar dónde y cuándo el príncipe debió haberse detenido y en qué momento comenzaba el peligro de una nueva Fronda. Tal medida cuya rigurosidad nos desconcierta habría quizás

retrasado en cincuenta años el estallido de la Revolución francesa, es decir, habría hecho posible: 1) la adquisición de la Lorena; 2) la separación de los Estados Unidos de Inglaterra, o sea, desde el punto de vista de nuestros intereses nacionales, los dos acontecimientos esenciales de nuestra historia en el siglo XVIII. De modo que en este asunto, nos recusamos. Y nos limitamos a comprobar que de 1780 a 1787, todos los hombres interesados en el bien público y, por otra parte, el propio Luis XVI, anhelaban establecer asambleas provinciales de acuerdo al modelo de los cuerpos del Languedoc y la Provenza cuya excelente administración despertaba entonces la admiración de todos los franceses. La historia no ha verificado el valor de dicho intento, pero toda la historia, desde hace un siglo, testimonia para qué ha servido el sistema contrario.

En la estúpida fecha de 1789 recuperamos, en efecto, la libertad de juicio. Es posible que la monarquía haya practicado con exceso la centralización entre 987 y 1789, pero es más que posible, es auténtico, que no se permitió realizar nunca lo que en este último año hicieron algunos centenares de rábulas e ideólogos. Nunca, nunca, nunca la realeza francesa se permitió el *atentado contra* el *alma de Francia* [1] que fue la división departamental. No hay duda que se estrujó a algunas provincias; evidentemente, algunos cuerpos polí-

[1] La expresión es de Taine.

ticos fueron disueltos; evidentemente, hubo ciudades tomadas por asalto, donde entraron tropas con la mecha encendida y donde el rey hizo demoler un trozo de muro para penetrar a su vez, aun cuando los poderes y atributos políticos de las comunidades locales tuvieron algo o mucho que padecer, el conjunto de las mismas comunidades fue respetado en sus personas reales y vivientes. Nunca la realeza decretó la supresión de *todo* un orden de comunidades territoriales y jamás improvisó *todo* un orden nuevo y ficticio para dividirlas, clasificarlas y nombrarlas.

Bretaña debió pagar impuestos que no había votado, pero sobrevivió como Bretaña; no se la escindió ni fraccionó. Las *comarcas* fueron respetadas, así como las provincias, y si se sobreponían a aquella otras divisiones se dejaba a éstas igualmente intactas; se contaba con ellas; no se las consideraba inexistentes o muertas. La Revolución, el Consulado y el Imperio han cometido, por el contrario, estragos absolutamente fuera de medida y proporción con los del antiguo régimen, y dichos estragos asumen categoría criminal. Nuestra indignación está ampliamente justificada por el hecho de que no se puede ignorar con todo, qué importancia tienen en materia política y económica, las divisiones territoriales cuando son arbitrarias, es decir, calcadas sobre algo extraño a la historia y la geografía. Los intereses comunes ya no son sentidos. Las representaciones dejan de

ser colectivas y generales; retornan al egoísmo de las camarillas y los partidos.

La Revolución ha hecho algo harto distinto de "nivelar el desmonte general del prado cuadrado del rey", donde necesitamos entender la palabra "nivelación" en sentido violento y brutal. El prado cuadrado de nuestros reyes era, en sus determinaciones administrativas, ondulante, desigual y escabroso como un buen mapa físico de Francia; la Revolución ha transformado el mismo en una llanura de San Dionisio. No existe ninguna semejanza entre la obra de Luis XI y Luis XIV y las de la Convención y Bonaparte; mientras subsistían las divisiones naturales, los cuerpos correspondientes podían volver a cumplir una existencia más enérgica. Con las divisiones ficticias de la Asamblea Constituyente, la esperanza en un retorno vital espontáneo se ha desvanecido para siempre. La restauración de las provincias y las comarcas, y por extensión la de las ciudades, es una obra que no se podría hacer sino desde lo alto, con la sabiduría profunda, la lentitud paciente y el depurado espíritu de progreso y orden que distingue a la Casa de Francia. La futura monarquía deberá ser algo diverso de descentralizada: simplemente, descentralizadora.

Quien advierta el vínculo diamantino establecido entre la centralización y la democracia se halla en grado de determinar las grandes líneas de los destinos oscuros en los cuales tantos acontecimien-

tos misteriosos, espesos y complicados, nos precipitan. Será necesario que los pueblos, necesitados cada vez más de esclarecimiento, busquen la luz, la vean y la sigan en el punto que esta resplandezca.

Lo hemos dicho cincuenta veces: no es dudoso que la monarquía haya centralizado; debía hacerlo para crear la unidad francesa, pero en tiempos de la monarquía la centralización se realizaba, diremos, en un diez por ciento, y bajo el reinado de Luis XVI tendía a decrecer. A partir de la Revolución se realiza en un 90 %, y tiende a aumentar indefinidamente a pesar de las voluntades y las ideas debido a la fuerza centralizadora de la institución democrática. Tal situación no es, por lo demás, privativa de Francia; se la encuentra en Suiza, los Estados Unidos y todo país de régimen electivo sin contrapeso constitucional. Los países más descentralizados evolucionan hacia la centralización bajo el peso de la democracia; los cantones ceden su poder a la Confederación, los Estados a la Unión, y así por lo consiguiente.

Cuando Bismarck quiso centralizar en Alemania recurrió a igual instrumento: la elección.

Siempre que se desee mantener las libertades locales o restablecerlas hay que buscar un modo de gobierno que escape a la fatalidad centralizadora del sistema electivo.

La obra de Turgot bajo un Borbón y la de Stein y Hardenberg bajo un Hohenzollern atestiguan que la monarquía puede, en efecto, pasar del

estado centralizado al estado descentralizado: todos los ejemplos históricos reconocidos prueban que una república no lo puede hacer, y respecto de la nuestra, en particular, está probado que todas las leyes descentralizadoras han sido acompañadas o seguidas de un real movimiento descentralizador.

Tampoco deseamos desconocer los progresos obtenidos en materia fiscal a partir de la Revolución; nunca temeremos decir que las guerras desencadenadas y conducidas por un gobierno internacionalista y cosmopolita en un principio, al igual que la Revolución, tuvieron el efecto insospechado y no deseado, pero evidentísimo, de estrechar los lazos de unión entre nuestros compatriotas. A eso se refiere Mistral en las primeras líneas de su *Tambor de Arcola*: "*Provenzales, champañeses, flamencos y bretones, todos camaradas bajo el Tricolor, al paso...*"

Bajo el fuego asestado por Europa los sostenedores de un dogma humanitario, enemigo de la monarquía y la nación, concluyeron la obra nacional de la monarquía. ¡Pero, de ahí a pensar que el título y la calidad de franceses hayan sido aceptado por algunas provincias tan sólo "con la Revolución francesa" media un abismo! Se ha repetido que Alsacia debía al acontecimiento revolucionario su agregación moral a Francia. Esto ya no es sostenible y, en efecto, no se lo sostiene desde la aparición de la excelente *Historia de Alsacia* de Rod. Reuss. En un notable artículo

acerca de la *política real en Alsacia*, Paul Acker, prescindiendo de dicho libro y sus efectos, toma en consideración al efecto de pulverizarlo el prejuicio que comentamos.

La *Historia del Franco Condado* de Lucien Fèbvre, escrita en general, con mucha serenidad, reconoce galantemente que desde fines del siglo XVII, "la dominación francesa" aportó "en gran medida" "el reposo necesario, el orden y la regularidad en la adminstración, beneficios todos estos inestimables y que, desde hacía mucho, el Condado ignoraba". Fèbvre muestra cómo el Condado pudo "reparar lentamente y progresivamente sus pérdidas, repobiar, poco a poco, sus ciudades desiertas, rehacer sus caminos, reconstruir sus puentes, reformar sus reputadas cabañas que proveían cada año a la remonta más de 2.000 caballos y volver a erigir, por último, y multiplicar, sus fraguas, martinetes, aserraderos y molinos". Lucien Fèbvre descubre en Besançon un período de prosperidad, progreso y elegancia que abarca de 1761 a 1784: desarrollo de los estudios, artes, letras y ciencias, "nueva fecundidad del auténtico genio condal, abriéndose al soplo de una paz duradera..."

Por el contrario, ¿qué encontramos en el período revolucionario que sigue? Lo que surge en todas partes, en nuestras provincias, en Bretaña, Provenza o el Delfinado, un movimiento descentralizador y federalista que desemboca en la desarticulación de la provincia, el desmembra-

miento en unidades nuevas que, en el caso del Condado, fueron tres, miserablemente llamadas (15 de junio de 1790) *Amont* (Alta Saona), *Aval* (Jura) y *Milieu* (Doubs). El historiador del Franco Condado no vacila en hablar de dichos departamentos como de muertos civiles: "Su creación, más aún que la conquista, marca el fin, el toque de agonía de la historia condal", y explica muy bien por qué.

Entre el Franco Condado y Francia no hay solamente quejas contra el antiguo régimen y buenos recuerdos para la Revolución; hay también quejas contra la Revolución y favores de la antigua Francia. El problema que se plantea es por tanto el mismo de todos los franceses... No negamos ni el mal del pasado ni el bien del presente. Decimos: ¿Cuál de ambos regímenes ha rendido mayor número de servicios a la patria francesa? ¿Cuál ha fracasado? ¿Cuál fue buen administrador? ¿Cuál, malo? ¿Cuál es la dirección de la que parte el mejor consejo? ¿De dónde nos viene una sugestión general de derrota y de ruina? *Hay que elegir.* La característica de "la obra verdaderamente grandiosa de la Constituyente" es la de desembocar en lo interno, en el reino de los Cuatro Estados confederados y el sistema centralizador democrático, y en lo externo, en Trafalgar, Waterloo y Sedan. La característica de la obra de los Capetos es la formación de nuestra unidad nacional mediante la impulsión de todos los elementos de la fuerza y el derecho, la dicta-

dura y los estados federativos. *Desde el punto de vista francés* no podemos menos que preferir la construcción a la destrucción.

Las glorias de la República y el Imperio, como todas las glorias francesas, son preciosas para nosotros. No dejan insensibles a ninguno de nosotros. Respondemos a la gloria con la piedad; al honor, el valor y la virtud, con la admiración. No se trata tan sólo de salvar un bien inmaterial; hay que preservar una herencia material y un patrimonio físico. Propugnamos el régimen que engrandezca a Francia o que, por lo menos, no la pierda. El Imperio, cuyo acrecentamiento fue tan efímero y desastroso, no sabría corresponder a esta búsqueda.

Desde este punto de vista podremos citar como expresión de nuestro pensamiento rector las palabras del ministro de la Restauración Serres, que agradecía al Comité de Salud Pública al haber defendido el territorio de Francia. Pero la obra de dicho comité fue efímera así como la tormenta política de la cual era expresión, y mucho nos complace comprobar que estuvo lejos de continuarla el Directorio. Llegó el genio y el dios mismo de la guerra. Su acción fue brillante. Pero ¿qué fue lo que fundó? El principio de sus propias derrotas, Leipzig, Waterloo, y lo demás; después, la unidad de Alemania e Italia, es decir, los dos azotes de la Europa moderna, en general, y, en particular, de la Francia contemporánea. Tales han sido los resultados. Una política, un sistema y una

tradición cuyo carácter es la mengua de lo nacional, me parecen que debieron ser eliminados por definición.

Verdad es que me objetan: "*¿Qué diría usted si le respondiésemos que la dinastía de los Borbones ha matado la monarquía? La ha matado por su culpa y abdicaciones en 1792 y en 1830...*" Perdón, de nuevo. Admitiendo la doctrina de la "culpa" tendríamos que los Borbones, según vuestra propia confesión, habrían "matado a la monarquía", pero no a Francia. La situación en la cual dejaron siempre a Francia era o floreciente o vigorosa o satisfactoria. En general, el país se hallaba en buen estado; hoy, como bien lo ha dicho Drumont, el déficit que los revolucionarios achacaron insistentemente a Luis XVI, no provocaría ni siquiera un cambio de ministerio. Las fuerzas de tierra y mar eran cuadros sólidos y bien comandados; el territorio se hallaba intacto; la situación respecto de Europa era conveniente o brillante. Considerad la Francia de 1789 (que es cuando en realidad se produce el derrumbamiento de la monarquía), la de 1830, la de 1848, y comprobaréis en los tres casos una organización política, militar y marítima tan fuerte, que los regímenes siguientes aparecen como consumidores y disipadores de lo que el gran capital monárquico produjo. Esto rige especialmente para el período 1830 a 1848 que es el más defectuoso; con el ejército reforzado y reorganizado del rey de los franceses empeñó sus guerras Napoleón III, despilfa-

rrando, desorganizando y trastornando el más ágil y maravilloso instrumento de fuerza francesa para llevarlo a la siniestra voltereta de Sedan.

¿Hubiese sido más útil que la monarquía se defendiera? Por lo menos, supo defender, conservar, salvaguardar la obra y el territorio franceses durante todo el tiempo que gobernó. Y antes de reprocharle el duelo nacional de su caída, quizás convendría ver si la monarquía ha sido la única responsable y si la distracción o traición de algunos franceses no ha colaborado en las "culpas" imputadas a nuestros reyes. Pero no soy hombre para búsquedas inútiles de responsabilidad. Lo que me interesa es el régimen de salud pública. La experiencia histórica basta para mostrar que aun restablecida sólo por quince años, merece todavía ostentar el galano título de "Restauración". Vuelve a poner en pie lo que el interregno ha estropeado. Reorganiza regimientos, escuadras, finanzas; restablece un orden completo en lo civil y militar. Su régimen provisional nos resultó tan provechoso que bastaría para demostrar que no debemos afanarnos en buscar otro definitivo. ¡Un buen emperador sirvió para que perdiéramos la Lorena, y un mal rey nos la restituyó!

Es un error creer en la victoria necesariamente fructuosa y útil. Otro error es atribuirnos dicha creencia. Hemos insistido a menudo en la notable fecundidad de las victorias de la antigua Francia; un célebre informe al Comité de Salud Pública

consagra por boca de los adversarios de la realeza un hecho suficientemente establecido por la historia de la formación de Francia. Pero hay que confesar también, y nosotros lo hemos hecho, que las victorias de la democracia no tuvieron igual fortuna. Desde hace ciento cincuenta años no sabemos si por obra de una divinidad maligna o por razones claramente inteligibles, nuestra acción militar, que era a menudo victoriosa, concluye en desastres, como los veintitrés años de guerra revolucionaria e imperial que pagamos con Trafalgar y Waterloo o bien nos deja la sensación de un esfuerzo glorioso, pero sin proporción, con resultados como la ruda campaña de Crimea o la misma guerra de Italia. La idea de la gloria militar y la idea de la utilidad posible de la victoria aparecen así peligrosamente disociadas. Nos hemos casi habituado a la esterilidad de los laureles. Existe sin embargo un arte que consiste en sacar de la fortuna militar las consecuencias políticas y economías que ella contiene en sí. La monarquía conoció dicho arte. Sea plebiscitaria o parlamentaria nuestra democracia no lo conoce.

Denominamos paz de los pueblos los tratados que, después de las grandes guerras, han sido concluidos por asambleas populares o jefes plebiscitados, y llamamos paz de los reyes los tratados firmados en las mismas condiciones por lo que Bismarck consideraba monarquías en regla. La ventaja no es para los primeros. La paz de Basilea

fue precaria como las de Luneville, Amiens y Tilsitt. Ninguno de dichos reglamentos parece comparable siquiera con los tratados de Westfalia. Pierden vigor inclusive frente a los tratados de Viena de los cuales nuestro Proudhon ha hecho una apología ampliamente justificada.

Los tratados de Viena ¿no son acaso perfectos? Consideremos que venían después de Waterloo, Trafalgar y veinticinco años de guerras agotadoras, y que no quiero suponer tampoco que haya "paces de pueblos" perfectas contentándome con ejemplos convenientes, prácticos y sólidos, o que no sean desastrosos; esto no se ha visto todavía. Interesa saberlo. En un momento en que se trata de presentar esta guerra de naciones como una guerra de entidades y principios políticos donde el genio religioso y moral de nuestros aliados anglosajones tiende a transformarla en un combate de dioses, nada resulta más necesario que conocer el valor de dichas entidades y principios con respecto a la preparación de la guerra y el establecimiento de la paz, nuestro más grande bien, como decía Pascal.

El Estado modelo, el Estado anhelado y soñado es bastante sensato como para no querer la guerra, pero bastante fuerte como para quitarle a los demás las ganas de declararla. ¿Cuál Estado francés se ha encontrado en tales condiciones desde 1789? Ni la primera República, ni el Primer Imperio, ni el Segundo ni la Tercera República. Todos han hecho la guerra o se la han dejado hacer

en condiciones precarias. Unicamente responden a la definición del Estado suficiente, del Estado justo, los tres reinados que van de 1815 a 1848. La tenue luz de las pasiones y los intereses de partido podrán presentarlos en forma diversa; pero los hechos imparciales no varían; hablan un lenguaje claro; establecen que tres príncipes tan diferentes como lo fueron Luis XVIII, Carlos X y Luis Felipe demostraron la misma fuerza y sensatez, inspirados, es cierto, en el principio conservador de la tradición que había sido origen de la fundación de sus reinados.

Tenemos el deber de estudiar el régimen, examinarlo, juzgarlo, tal como aparece ante la experiencia y compararlo con los regímenes anteriores. Pese a todo, su extrema flaqueza no varía nunca; tiende a que sus relaciones exteriores, las más importantes de todas, las que aseguran o amenazan la vida de un pueblo, sean libradas a la mitología grosera de la opinión, a los intereses complejos y sospechosos de los partidos.

Todos los regímenes surgidos de la Revolución, todos los gobiernos de opinión o discusión, todos los regímenes electivos, sean parlamentarios o plebiscitarios, es decir, democráticos, han sido arrastrados a sufrir o declarar grandes guerras. *¿Y cuál es el régimen que ha sabido no ceder a la presión absorbente de su fuerza guardándose mediante la misma de la amenaza exterior?* Unicamente la monarquía, y tan sólo ella.

De 1815 a 1848 Francia habría vivido en una paz profunda, un poco prolongada durante las semanas críticas merced a la dictadura bienhechora de un legitimista de tradición, el admirable poeta Alfonso de Lamartine.

A los números, a los hechos, ¿qué es lo que se opone? ¿Qué se dice para demostrar que Luis XVIII, Carlos X y Luis Felipe promovieron grandes guerras? ¿O acaso nuestras repúblicas y nuestros imperios no las han hecho?

María Antonieta, los emigrados, Quiberon, Coblenza, las lecciones recíprocas de patriotismo; todos estos temas podrán ser muy bonitos para escribirlos y hablar de ellos, pero no se trata de eso. Sobre el patriotismo de nuestros antiguos reyes, hay un hecho; éstos construyeron a Francia; los regímenes que los han seguido no tuvieron igual talento. El famoso informe sobre el decreto del 14 de octubre de 1794, compuesto en lenguaje revolucionario, constituye el más cumplido elogio de la monarquía.

"El amo —dice— era el heredero de algunos principios de familia, de algunos axiomas, en los cuales apoyaba sus miras la casa de Borbón para perjudicar a las Casas rivales. Nuestros tiranos no se apartaron nunca de dichos axiomas y, seguros de la fuerza nacional, llegaron a dotar a Francia de tal grado de vigor que la han transformado en la más

terrible potencia para sus vecinos. Después de cada guerra, una nueva provincia fue la recompensa de nuestra política y el uso de nuestra fuerza."

Tal es el testimonio de los Convencionales. Los Borbones, restaurados en el poder, fueron lo suficientemente fuertes como para impedir que se las hiciesen a ellos. Testigos Carlos X y su ministro d'Haussez en épocas de la expedición de Argelia. Testigos Luis Felipe y Talleyrand en el asunto de Bélgica, cuando "el postrer beneficio de la monarquía". No habría que olvidar que durante todo este período el partido que quiso la guerra fue el liberal, republicano y democrático, el partido antitradicional, el de Luis Napoleón en 1848.

Se dice: ¡Pero si Luis Felipe carecía de poder! Su parlamentarismo era casi republicano. Grave error: este Borbón-Orleáns quiso ser siempre el jefe de su política exterior. Los opositores de entonces lo abrumaron de críticas con tal motivo, a él y al *Castillo* como se decía, de modo que la historia tiene que acreditarle en su haber lo que él llamaba buenamente "su sistema" sacudiendo de las solapas a Thiers y Guizot.

Se dice aun: La Restauración promovió la guerra de 1817 (Navarino) y la de 1823 (Trocadero). Pero he hablado de grandes guerras y no de expediciones de policía europea que gozaban de la ventaja de exhibir nuestra fuerza sin costarnos

sangrientos sacrificios y socorrer a los griegos sublevados contra el opresor turco y a la legitimidad española oprimida por los facciosos...

—¿Qué? ¡La guerra de España! —¿Y por qué no? Si el ejército de 1823 hubiese sido símbolo de opresión para los españoles habría sido recibido como los ejércitos del rey José y Napoleón, en en 1809. ...Pero era muy diverso de eso. En el teatro de las guerrillas de la década anterior, el estandarte blanco cumplió un verdadero paseo militar, sin que deje de ser cierto el hecho de que, en cierta parte, chocara con un batallón que erguía el tricolor, sostenido por un republicano francés: Armand Carrel...

La Casa de Francia creció como una casa campesina, fruto de los desvelos de una larga sucesión de padres diligentes y alertas, pero severos y terribles en su momento. Cada reinado no puede menos que llevar el sello del humor del respectivo monarca, pero salvo dos o tres casos notabilísimos de santidad y genio hay que convenir en que el reinado supera al rey y la institución es superior a los hombres. La viva llama del interés doméstico transmitida de varón a varón, exaltaba a los débiles y otorgaba, por lo menos, singular y poderosa perseverancia a los mediocres; cuando llegamos a la funesta fecha de 1793 y contemplamos la Francia surgida de esa forja, debemos declarar que la suma de esos treinta y dos valores individuales no da idea aproximada del valor de

la dinastía. Luis XVI perdió todo, se argumenta. Pero me parece que durante los siete siglos anteriores, los demás reyes ganaron todo. Pero ¿de qué nos ha valido, si exceptuamos treinta y tres años de monarquía imperfecta y desmañada (en los cuales tiene empero su origen todo el patrimonio moral y material el siglo) este siglo de República o Imperio democráticos? En el caso de Luis XVI observamos que la flaqueza del hombre perdió a la institución, pero en el caso de constituciones revolucionarias, la absurdidad de los regímenes usaba, abatía, corrompía y perdía a los hombres más distinguidos. Me pronuncio por la institución que, en una semana de siglos, no ha claudicado sino una sola vez.

Seguramente, otro régimen y otra dinastía habrían podido heredar la suerte de la dinastía de los Capetos, desarrollarla y sobrepasarla.

Eso se vio en la Inglaterra de 1688.

Pero, ¿pasó lo mismo en Francia?

La República se frustró. Napoleón I no logró hacer reinar a Napoleón II, y Napoleón III no pudo transmitir la corona a Napoleón IV. Ni uno ni otro supieron cumplir la función para la cual los pueblos se agrupan en torno de jefes y príncipes. Antes que Adalberon escogiera a Hugo Capeto, los duques de Francia habían sido símbolos de una victoriosa defensa contra los normandos; el propio Adalberon los designó ante los obispos, los nobles y el entero país. Los dos Napoleones

representan la solución contraria. Cualesquiera sean el brillo y la simpatía que su recuerdo destile no es posible negar que su caída y todos los males públicos anexos a ella fueron resultado de su política. No solamente dejaron a Francia más pequeña de lo que la encontraron, sino que concitaron contra el país un monstruoso manojo de potencias hostiles. Apuntamos el hecho. Y extraemos del mismo esta simplicísima consecuencia: el Imperio, al igual que la República, no se mostró apto en su función nacional ni cumplió con los servicios públicos que Francia esperaba del mismo.

El Comité de Salud Pública, en el famoso informe acerca de su resolución de octubre de 1794 estigmatizaba en nuestros reyes su papel de *amos, tiranos, ambiciosos* y *egoístas*, pero una vez vaciada la talega de adjetivos calificativos, reconocía que las guerras borbónicas habían sido afortunadas y que cada una de ellas concluyó con la adquisición de una provincia. El espíritu moderno ha rechazado los epítetos que decoran las dos partes de este juicio reteniendo tan sólo sus verbos y sustantivos así como su sentido. Los epítetos deshonrosos no cuentan, ya que, en suma, podríamos aceptar que todo gobierno sea por naturaleza malo e indigno, así como toda carne culpable, pero no se trata en política nacionalista de hacer apelación a este juicio moral, sino de ocuparnos solamente de proveer a las necesidades prácticas y apremiantes de la existencia. *Prius vivere.* Ni la vida social ni el mundo y sus leyes,

nos son dados para apreciar, sino para comprender, para usar los elementos y las cosas y manejar unos y otros, si no queremos ser manejados, utilizados y devorados por ellos. Los Estados tienen necesidad de jefes y guías en la misma forma en que las poblaciones tiene necesidad de pan.

Se terminó de imprimir en Talleres
Gráficos Orestes S.R.L. Gascón 274,
Buenos Aires en la 1ª Quincena
de Octubre de 1964.